

Estudio crítico

Quintiliano

Pedro Ángel Fernández Vega



Biblioteca Virtual de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FHL

© DEL TEXTO: el autor

© DE LA EDICIÓN DIGITAL: [Fundación Ignacio Larramendi](#)

Fecha de la edición digital: 2018

Lugar: Madrid (España)

DOI: <http://dx.doi.org/10.18558/FIL151>



Libro electrónico realizado por [DIGIBÍS](#).

QUINTILIANO

PEDRO ÁNGEL FERNÁNDEZ VEGA

Doctor en Historia Antigua



La biografía de Marco Fabio Quintiliano corresponde a la de un maestro de retórica que logra en la Roma imperial el éxito social y profesional, y una holgada solvencia económica, mientras su universo personal y familiar se desmorona. Subyace en su obra un pesar íntimo, apenas expreso una sola vez, pero sentido, y que en parte conjura consagrándose a un trabajo metódico, sistemático, desarrollando un verdadero programa literario, trazado sobre la creación de doce libros. La retórica cobra entre sus volúmenes el empaque de una disciplina sometida a disección metodológica, donde todas las facetas que la envuelven, las palabras, las figuras literarias, el arte de convencer, pero también los gestos o las maneras del orador, se someten a análisis y merecen las orientaciones oportunas

para un proceso de comunicación eficaz. Quintiliano elabora un primer manual de porte académico, pero que un editor comercializaría hoy tal vez en la sección de libros de autoayuda, junto a los que ofrecen cómo obtener el éxito profesional, cómo lograr una brillante proyección personal a través de la oratoria...

Verdaderamente podía permitirse ese rol de orientador profesional solvente, pues su trayectoria lo encumbró a la primera cátedra de latín establecida institucionalmente por designio imperial, lo que lo convierte también en el referente consagrado sobre la educación en Roma. Su posición académica la obtuvo ganando procesos y defendiendo causas en el foro, pero no es menos explicable en el marco de una estrecha conexión personal con cuatro emperadores. Resulta muy difícil vislumbrar si el favor imperial constituyó causa o consecuencia de su éxito. Los méritos retóricos de Quintiliano le granjearon apoyo, pero su fama, ganada en la liza judicial, quedó vinculada al programa de gobierno con tintes de regeneración tradicionalista emprendido por Vespasiano.

La figura de Quintiliano cristaliza, así, unida irremisiblemente al poder que lo protegió y alentó, por ello, sobre su obra se ha extendido una sombra de duda; a veces, expresa, y otras, solo latente.

EN UN MOMENTO DE CRISIS POLÍTICA

Quintiliano, en circunstancias personales realmente desconocidas, encaminó sus pasos por los mismos derroteros por los que transitó la primera línea de la política imperial en un periodo sostenido de tiempo, el del acceso al poder de Galba y la etapa de los emperadores flavios, hasta el final de la dinastía en el año 96.

En el año 68 Galba era gobernador de la provincia Tarraconense y es probable que Quintiliano se encontrara en la capital misma, la actual Tarragona. Las tensiones que el reinado de Nerón había experimentado en los años 65 y 66 desembocan entonces en una amenazante inestabilidad.

La conjuración de Pisón del 65 había concitado a senadores, caballeros y oficiales de Roma que vieron en este noble un prometedor candidato a la sucesión de un emperador indeseado –Nerón–, de inaceptable excentricidad, que un año después emprendería su gira artística como cantante por tierras griegas. La represión tiñó de sangre las filas de la alta sociedad romana, que se vio involucrada en la conjura o que cayó bajo el foco de la sospecha. A pesar de ello, al año siguiente, en el 66, el legado Viciniano volvió a instigar el magnicidio de Nerón en Benevento para coronar al general Corbulón, y de nuevo la sangre de la aristocracia romana, sospechosa de haber participado en esta segunda conspiración, manó abundante, mientras el ejército se estremecía, inquieto.

Estos dos episodios anticipan el cariz del desenlace que aguardaba al reinado de Nerón. En febrero del año 68 Julio Vindex, legado en la provincia de la Galia con capital en Lyon, entabla contactos con varios gobernadores provinciales para pactar el derrocamiento de Nerón. Entre el 9 y el 12 de marzo convoca una asamblea y proclama abiertamente la insurrección contra un emperador de voracidad irrefrenable en la recaudación de impuestos, que ha diezmando severamente la clase senatorial, que ha asesinado a su madre, que, exhibiéndose como actor y músico, está mancillando la augusta dignidad imperial... Las acusaciones se suceden para demostrar que los descontentos latentes provienen de muy diversos orígenes en torno al emperador megalómano, que codició y captó los recursos de todo el imperio para alzar los muros del más fastuoso palacio conocido hasta entonces, la Domus Aurea, construida sobre las cenizas y las ruinas de la Roma que, en el año 64, había sufrido un incendio cuya extensión superó todos los precedentes.

Y aunque la insurrección de Vindex no triunfó, prendió fuego a la mecha de la insurgencia en Occidente: Clodio Macer en África, Otón en Lusitania y Galba en la Tarracense. A éste, su entorno lo animó a marchar sobre Italia (Salles 2002:28ss). Entre sus acompañantes iba Quintiliano.

Este rápido excursus histórico puede ayudar a emplazar las coordenadas sobre las que pivota el origen de la alternativa vital que la biografía de Quintiliano iba a adoptar, encumbrándolo personal, profesional y socialmente.

UN HISPANO DE CALAGURRIS

Establecido el momento y las circunstancias que trocarían la trayectoria vital de Quintiliano, retornemos a sus orígenes.

Mereció una de las biografías de Suetonio dentro de la obra *De viris illustribus*, que lamentablemente se ha perdido, pero que, consultada en la Antigüedad, probablemente documentara a otras fuentes tardías, como San Jerónimo (*Chron. ad ann.* 2104) y Próspero de Tiro (p. 513). Estos escritores se refieren a él como *Calagurritanus*, y también Ausonio, que lo hace proceder de Calagurris (16, 2.7; cit. por Espinosa, 1984:155).

Se trata, sin duda, Calagurris de la ciudad del valle del Ebro que precedió en el tiempo a la actual Calahorra, pues San Jerónimo precisaba: «Quintilianus, ex Hispania Calagurritanus». De este modo queda excluida la posibilidad de la otra Calagurris, ubicada en el departamento francés del Alto Garona, al otro lado de los Pirineos.

La ciudad había caído bajo la órbita dominadora de Roma en un momento muy temprano dentro del proceso expansivo emprendido por la península ibérica: en el año 187 a. C. la ciudad asistió a una muy cruenta batalla en sus inmediaciones que, según Tito Livio, dejó doce mil caídos entre los hispanos (Liv. 39, 21, 9). Cuando nace Quintiliano, dos siglos y medio más tarde, la ciudad había experimentado ya un intenso proceso de exposición y de inmersión en la cultura y la tradición romanas.

Su nacimiento no se puede fijar con exactitud. Hubo de ocurrir entre el año 30 y el 40 (McDermott y Orentzel 1979, 10). De hecho, se ha propuesto hacia el 30-35 (Cousin 1931: 65ss; Espinosa 1984:160) y tiende a adoptarse y prevalecer la solución intermedia, hacia el año 35 (Clarke 1967:28; Soriano 2006:111; Fernández López 2010:308; Lee Too 2016:315), aunque quizá haya que inclinarse por fechas ligeramente más tardías, entre los años 37 y 40. Los argumentos son indirectos y estimativos: en su obra Quintiliano escribe que era *adulescens* cuando asistió al proceso de Consuciano Capitón que, según Tácito

(*Ann.* 13, 33) fue juzgado en el año 57; y también dice haber escuchado en Roma discursos de Servilio Noniano (10, 1, 102) y haber seguido a Domicio Afro cuando este era ya un anciano y el propio Quintiliano un jovencillo –*adulescentulus*– (5, 5, 7): ambos rétores murieron en el año 59, por lo que parece más probable una estimación ligeramente más tardía para el nacimiento de Quintiliano, hacia finales de la década de los treinta (Kennedy 1972: 487; 2017:8).

EL CIUDADANO ROMANO

Uno de los pocos datos precisos de su biografía corresponde a su nombre completo, Quinto Fabio Quintiliano, y encierra un dato relevante de su identidad: su condición de ciudadano romano que portaba los «tria nomina», lo que permitiría que se le abrieran todas las puertas para una promoción social plena, dadas las circunstancias propicias. De hecho, su carrera social, en el contexto de la península ibérica de la época, partía ya con una sensible ventaja: la de haber nacido en un privilegiado «municipium civium Romanorum» que habría alcanzado tal dignidad en los años finales de la República romana, quizá entre el 43 y el 28 a. C. (Espinosa 1984:84; Andrés 2002:54). La ciudad natal de Quintiliano formaba, así, parte de una distinguida élite de ciudades, en el marco de un vasto imperio, donde sus habitantes nacían con el más elevado estatuto jurídico –el de ciudadanos romanos–. Habría que esperar al reinado de Vespasiano, hacia el año 93-94 d. C., para la concesión de un tipo de derecho de rango jurídico elevado y común a toda la península ibérica –«universae Hispaniae» escribirá Plinio (*Hist. Nat.* 3, 30)–, pero incluso entonces se otorgó el «ius Latii minor», el derecho latino básico, de inferiores prerrogativas al que disfrutaban los ciudadanos romanos. En este comparativo contexto debe quedar enmarcada la personal proyección personal de Quintiliano: nacido ciudadano romano, partía de una posición muy ventajosa.

FAMILIA DE ORADORES: UNA HIPÓTESIS

A partir de estos orígenes, las noticias biográficas sobre Quintiliano lo sitúan en Roma, formándose en el ejercicio de la retórica. Cabe la posibilidad de que su vocación derivara de su entorno familiar directo: por las *Controversias* de Séneca, el Orador, se conoce la existencia de un rétor, un Quintilianus senex cuya fama no le sobrevivió (10, pr. 2; 10, 4, 19). La conexión con el escritor calagurritano no está establecida de manera directa. A pesar de todo, se ha valorado que pudiera tratarse no del padre sino del abuelo de Quintiliano, pues se trataba de un anciano –«senex»–, ya desaparecido cuando escribió Séneca el Viejo, quien falleció en el año 39 (Clarke 1967:24; Espinosa 1984:156; Kennedy 2017:8).

La hipótesis no puede superar tal rango, no se verifica de hecho. Cuenta a su favor con débiles argumentos, como la coincidencia en el «cognomen» de los oradores, el coherente momento histórico en que se registra esa coincidencia y la convergencia en la dedicación profesional. Sobre los antecedentes familiares de Quintiliano, él apenas registra alusiones a su padre. Una de ellas permitiría concluir que también era profesional de la retórica: alude a un ejemplo de «antanaclasis» que habría empleado probablemente en una declamación, usando una repetición de un término con valor polisémico —«inmorrare»— en el doble sentido de morir y detenerse (9, 3, 73). Se trata de una sutileza oratoria de contexto impreciso, pero de apariencia inequívocamente vinculada con el ejercicio de la abogacía.

Y en otro momento, en que retóricamente habla con su hijo fallecido, el que habría de sucederle, en un pasaje difícil, le define como «aspirante a la elocuencia que poseyó tu abuelo»¹. Obviamente el niño poseía dos abuelos, pero de la madre no se conoce nada apenas, y guarda coherencia con la cita anterior.

No queda por tanto afianzada plenamente, pero sí parece razonable, la posibilidad de que Quintiliano prolongue una estirpe de oradores (McDermott y Orentzel 1979:10). En ese sentido, un matiz relevante podría encontrarse entonces en la alusión al referido, posible abuelo, Quintilianus senex, porque el determinante «senex» conllevaría implícita la existencia de un «iunior» (Bornecque 1967:193; Espinosa 1984:156). Se trataría de otro orador de fama conocida y además contemporáneo del propio Séneca el Viejo, por lo cual resultaba innecesario que este le mencionara. Podría tratarse pues de dos Quintilianos, abuelo y padre del autor de la *Institutio oratoria* que nos ocupa.

LA FORMACIÓN EN ROMA

La virtual existencia de una familia consagrada ya al ejercicio de la oratoria en Roma ayuda, además, a explicar la formación de Quintiliano en la urbe, haciendo retroceder en el tiempo el momento en que el clan de los Fabios Quintilianos habría emigrado desde su Calagurris natal, quizá afianzados sobre lazos clientelares con la propia «gens Fabia», uno de los ancestrales linajes patricios cuyo «nomen» portaban.

En ese contexto la familia de Quintiliano ejemplifica una tendencia bien consolidada y reconocida por la historiografía: la de una abultada presencia de hispanos en Roma y, en especial, de aquellos que se abrían camino en derroteros culturales y literarios. Así, el

¹ Quint. *Inst. Orat.* 6, pr. 1. *Avitae eloquentiae candidatus*. En los textos de Quintiliano utilizamos las traducciones de A. Ortega Carmona en la edición *Quintiliano de Calahorra. Obra completa*, 5 vols. Universidad Pontificia de Salamanca y Caja Duero 1997-2001.

clan de los Anneos asistió a las promociones de los dos Sénecas, el rétor y el filósofo, pero también del poeta Lucano; y en la Roma de Quintiliano alcanzan también el éxito no sólo el bilbilitano Marcial, sino además el poeta gaditano Canio Rufo y el historiador hispano Fabio Rústico, que merecerá los elogios de Tácito, pero cuyas obras no se han conservado (Augoustakis 2016:388). Se trata de algunos de los más señeros, pero la enumeración podría continuar con Pomponio Mela, el agrónomo Columela y, en un plano profesional dedicado a la declamación, se identifican en época de Augusto y Tiberio hasta dieciocho oradores hispanos con sus correspondientes escuelas (Cousin 1936: 783ss; Espinosa 1984:159).

Obviamente, la elocuencia abría caminos para la promoción y el éxito social. Lo constata Suetonio refiriéndose a una «gran cantidad de profesores y de sabios» y al modo en que permitía medrar y hasta podía encumbrar el ejercicio profesional de la retórica (*Rhet.* 1). Esta fue la senda de Quintiliano, quizá siguiendo los pasos de un linaje dedicado a la oratoria. Si en efecto los continuó, tendría el camino abierto en Roma. De no ser así, habría que pensar en que tal vez llegara a la urbe para ultimar su formación al inicio de la adolescencia –«adulescentulus» (5, 7, 7)–, con una edad aproximada de trece años. Sólo se puede aseverar que nació en Calagurris y que su formación superior se produjo en Roma.

Cita a varios profesores de retórica a los que admira por motivos diversos –Trácalo, Vibio Crispo o Séneca (Clarke 1967:29)–, pero destaca, por su excelencia, a Domicio Afro y Julio Africano (10, 1, 118). Manifiesta una clara inclinación por el dominio de la palabra y el estilo del primero –«verborum genere et toto arte»-. En otro momento de su obra le tributa el mayor reconocimiento sin pudor alguno, como el más grande –«summum oratorem»– de cuantos oradores ha conocido (12, 11, 3), y lo conoció pronto, siendo apenas adolescente –«adulescentulus»–, y cuando el propio Afro ya era anciano –«senex»– (5, 7, 7). A él se referirá hasta en veinticuatro ocasiones en su obra; por ejemplo, alabando la madurez –«maturitatem»– de su estilo (12, 10, 11; Kennedy 2017:10). La insistencia en rememorarle, además, la justifica por los dos libros dedicados a la materia del tratamiento de los testigos (5, 7, 7) y por su dominio, a juicio de Quintiliano, del humor y el ingenio como estrategias oratorias (6, 3; Steel 2010:248). Parece obvia, por tanto, no solo su admiración por el orador galo de Nîmes sino el magisterio que este ejerció sobre Quintiliano. No explicita en cambio, que asistiera a sus clases.

Por otro lado, Domicio Afro, ha merecido una visión alternativa a la de Quintiliano que puede ser pertinente recordar: la del oportunista y delator. Fue acusador contra Claudia Pulcra, pariente de Agripina, la madre de Calígula, y mereció la recompensa de Tiberio por ello; pero luego temió por su suerte bajo Calígula y pretendió rehabilitarse dedi-

cándole una estatua. Calígula lo malinterpretó y lo denunció en un discurso ante el Senado. En ese foro obtuvo el reconocimiento y la humillación obsequiosa y vergonzante del propio Domicio Afro, quien, a su vez, logró su objetivo: la impunidad y hasta la gratitud de Calígula que lo nombró cónsul sufecto durante dos meses del año 39 (Kennedy 2017:10s). Tácito expone ese pasado de Domicio Afro, su acusación a Claudia Pulcra (*Ann.* 4, 52) y su denuncia, posterior, a su hijo, Varo Quintilio, perseverando en buscar el favor de Tiberio (*Ann.* 4, 66). El historiador lo denuncia, sin escamotear elogios a su «eloquentia» y a su «ingenium», pero sin perdonarle «sus costumbres» (*Ann.* 14, 19). Domicio Afro proyecta pues una doble faceta, memorable por su ingenio en la oratoria, pero también por su condición de *delator* (Mc Dermott y Orentzel 1979: 11; Rutledge 2010:112).

El ejemplo de Domicio Afro es interesante como precedente de Quintiliano. Tácito lo une a la suerte de Marco Servilio, también orador, porque ambos murieron de manera consecutiva y ambos merecieron el calificativo de ilustres. Los dos alcanzaron los más altos honores, una elocuencia singular y parecido ingenio, aunque el segundo «fue muy diferente en cuanto a las costumbres» (*Ann.* 14, 19). La memoria de Afro había quedado manchada por el oprobio de su cuestionable proceder. Es evidente que en el arte de la oratoria, como abogado –caso de Afro– o en el foro –caso de Servilio–, se podía hacer fortuna y ganar fama, pero había un factor de promoción o caída en desgracia decisivo: el favor o la inquina del emperador. Quintiliano se abrirá camino en esa Roma sometida a las veleidades de las decisiones imperiales y lo hará con éxito. Se conoce la faceta de los méritos, de los logros personales, pero se ignoran las concesiones que se vio obligado a asumir. Las hubo. Sin embargo, la memoria de Quintiliano no se verá profanada por maledicencias al respecto y, lejos de ello, proyecta una imagen de rectitud moral, coherente con los valores morales que su obra postula, cuando defiende una educación integral del individuo.

UN HOMBRE DE GALBA

Y la biografía de Quintiliano llega al punto en que comenzaba este relato: el momento en que un favor imperial modificó por completo su vida. Tras la etapa formativa en Roma se encontraba en Hispania, pero se ignora por completo si estaba ejerciendo la abogacía en Tarraco o si había retornado a *Calagurris* o si, quizá, estaba desempeñando alguna tarea oficial junto al gobernador provincial. En todo caso retornó a Roma en el séquito de Galba. La noticia provendría de la biografía que le dedicó Suetonio, y el dato lo rescató San Jerónimo: «M. Fabius Quintilianus Romam a Galba perducitur» (*Chron. ad ann.* 2084; Suet. *Rhet.* Reliq. 16). La noticia no se ha puesto en duda. El sentido de la frase

presenta a Quintiliano en actitud pasiva: «fue llevado por Galba». Obviamente, la decisión la tomó el emperador en ciernes y el retórico sólo pudo consentir, sin apenas opción seguramente. Pasaba a integrar los apoyos movilizados por Galba en su camino hacia la dignidad imperial que debía alcanzar en Roma.

Como se vio en el contexto inicial, a modo de introducción, Quintiliano emprende la marcha a Roma en una etapa extremadamente convulsa y queda indisolublemente vinculado a una opción política de corto recorrido. Galba forma parte de las fuerzas insurrectas contra Nerón. El emperador pierde apoyos y en los primeros días de junio se suicida. Galba, para entonces, ya ha sido aclamado emperador por sus tropas, pero no marcha a Roma hasta que llega la noticia de que el trono imperial ha quedado vacante (Salles 2002:30ss; Vervaet 2016:52).

Quintiliano acompaña en su destino a un gobernador provincial insurrecto que contaba a su favor con la aclamación de sus tropas. El destino no se podría presentar más azaroso. Y, de hecho, el reinado de Galba no duró: el 15 de enero del año 69, tras perder apoyos populares en Roma, al llegar noticias de que las legiones de Germania se han sublevado con Vitelio al frente, una conspiración puesta en marcha en la Urbe por Otón triunfa, y Galba muere en el foro degollado. Apenas había pasado medio año.

Sin duda, no fueron momentos fáciles para Quintiliano, quien, por otro lado, contaría con conexiones para posicionarse en Roma. La inestabilidad política en ese año 69, el de los cuatro emperadores, hubo de ayudarlo a escapar del riesgo derivado de sus vínculos con un César caído. Tras Otón y Vitelio, por fin accede al trono Vespasiano. Comenzaba su recorrido histórico la dinastía Flavia y, con ella, la trayectoria de Quintiliano entraba en la madurez personal y profesional, protegido, pero también comprometido con la familia imperial.

LA CÁTEDRA DE LATÍN.

En el inicio mismo de su obra sobre la oratoria, Quintiliano confiesa haber dedicado veinte años a la enseñanza, a formar a la juventud «per viginti annibus erudiendis iuvenibus» (1, pr. 1)–. Esta parece haber sido su principal dedicación en Roma, por más que interviniera en algunos procesos judiciales.

Su destino, además, se vería favorecido por una iniciativa oficial del emperador Vespasiano: la de dotar, con cargo al erario público, sendas pensiones anuales de 100.000

sestercios para maestros de retórica en latín y en griego, según refiere Suetonio². La noticia queda refrendada en términos muy similares por Dión Casio (65, 12, 1). Se estaban creando las que podrían denominarse como primeras cátedras de latín y griego (Marrou 1985:390; Levick 1999:76; Salles 2002:324; Lee Too 2016: 315; Roche 2016:436). Según Zonaras (11, 17), la decisión imperial al respecto se debió adoptar en el año 71 o 72, al retorno de Tito, victorioso, desde Jerusalén. Por otros pasajes de Dión Casio cabe pensar que los hijos de Vespasiano –Tito y Domiciano– mantuvieron esta medida al prorrogar las decisiones benefactoras de su padre (66, 19, 3; 67, 2, 1; Kennedy 1972: 488; 2017:14; McDermott y Orentzel 1979:13). Vespasiano estaba explorando un terreno de gestión imperial inédito: existió un indudable interés por parte del emperador en fomentar la enseñanza, como también pone de manifiesto otra medida que decretó, la exención de tasas municipales para los profesores extranjeros, griegos en su mayoría, de los niveles educativos no elementales. En concreto se trataba de una exención concerniente a los deberes de hospitalidad para con tropas eventualmente acuarteladas en la ciudad, que se ha valorado como un inicio de una política de inmunidad fiscal (Marrou 1985:386). Sin embargo, detrás de móviles como la «utilitas publica» podría latir un menos confesable empeño por establecer un control imperial sobre la educación (Lomas 1990:74; Salles 2002:323).

Quintiliano aparece en el centro mismo de esta línea de política imperial puesta en marcha por Vespasiano, dado que se trató del primero en ocupar la cátedra sobre retórica latina. Al menos esto se deduce por la información que San Jerónimo rescata de la perdida biografía de Suetonio sobre Quintiliano: fue el primero en Roma que puso en marcha una escuela pública sostenida con dinero del Estado³. Jerónimo emplaza la noticia en el año 88, aunque debe remitirse al menos al año 71 o 72 (Kennedy 1972: 488; 2017:14; McDermott y Orentzel 1979:13). Todas las biografías recientes sobre Quintiliano aceptan que fue él ese primer maestro de latín en Roma cuyo sueldo habría sido sostenido con cargo al erario público.

La innovación política era revolucionaria en sí misma, por el rol que el Estado asumía en el establecimiento de una enseñanza pública, y Quintiliano fue seleccionado, sin duda por su valía, pero también porque encajaba en una línea política de rearme moral que animaba la promoción de provinciales –con una amplia representación de hispanos– y establecía su asociación y corresponsabilidad en la nueva política (Salles 2002:274; 325).

² Suet. *Vesp.* 18: *primus e fisco Latinis Graecisque rethoribus annua centena constituit.*

³ Jerón. *Chron. ad ann.* 2104: *... Quintilianus, ex Hispania Calagurritanus, qui primus Romae publicam scholam et salarium e fisco accepit, claruit (a. 838-842).* Suet. *Rhet. reliq.* 16.

UN HOMBRE DE FORTUNA

Por otro lado, Quintiliano quedaba afianzado económicamente en una situación de verdadero privilegio. 100.000 sesteracios anuales era una pequeña fortuna. Hasta prácticamente el cambio de era –entre el 18 y el 13 a. C.– senadores y caballeros de Roma integraban la élite económica que se censaba con fortunas superiores a los 400.000 sesteracios, pero se pasó a exigir un millón para pertenecer al orden senatorial. Esa cantidad, por ejemplo, representaba el sueldo mejor pagado de la administración en gobernadores provinciales, pero entre las más altas procuratelas del aparato del estado se mencionan sueldos de 60.000, 100.000 y 200.000 sesteracios (Alföldy 1987: 159; 169). En realidad, Quintiliano quedaba por tanto muy bien retribuido: el sueldo equivalía al importe del censo de fortuna necesario para integrarse en la nobleza provincial (Salles 2002:324), en concreto, en los patriciados urbanos que regían la vida de las ciudades grandes y medianas, pues en las pequeñas el umbral exigido era inferior (Alföldy 1987: 173). De todos modos, esa cantidad la había cobrado ya Verrio Flaco por educar a los nietos de Augusto unos setenta años antes (Suet. *Gramm.* 17; Clarke 1967:31).

Probablemente mantuvo ese estatus durante los veinte años que dice haberse dedicado a la enseñanza (1, pr., 1), aproximadamente entre el 72 y el 92. Existe en ese sentido un pasaje de Juvenal que quizá sea doblemente mordaz. En su sátira séptima habla de las fortunas gastadas por los ricos en construir baños, pórticos, comedores de mármol y, también, en mantener cocineros y maestresalas, y añade:

Entre tantos gastos Quintiliano cobrará a lo sumo dos mil sesteracios; a un padre lo que menos le cuestan son sus hijos. «Entonces, ¿cómo es que Quintiliano tiene tantas propiedades?». «No atiendas a los casos de un hado excepcional» (Juv. 7, 186-190; trad. de M. Balasch).

La mordacidad es doble porque no sólo critica lo mal pagado que estaba un profesor de retórica –un Quintiliano cualquiera– sino que además pone, por ejemplo, el único caso de retórico que ganaba muy por encima de esos dos mil sesteracios que podría percibir por alumno el maestro mejor retribuido. No creemos que pueda referirse a sus honorarios habituales como podría parecer a primera vista y así se ha aceptado (Clarke 1967:31). La incoherencia aparente entre el sueldo y las propiedades de las que goza Quintiliano, esconde el salario a costa del erario público que le garantiza una posición privilegiada: el hado excepcional corresponde a la cátedra que disfruta por favor imperial. Cuando Juvenal escribe estos versos, hacia los años 115-120, Quintiliano habría ya fallecido unos veinte años antes (Kennedy 2017:28): sobre la figura de Quintiliano se había forjado un estereotipo.

Otro indicio de la fama de hombre de posición muy acomodada, si no rica, que llegó a disfrutar se puede leer entre líneas en el epigrama que le dedica el hispano Marcial cuando escribe: «perdóname si me apresuro a vivir, a pesar de ser pobre» (2, 90, 4-5). El tono del poema gira en torno a la rectitud moral, respecto de la cual Quintiliano aparece como eximio representante, pero cuando Marcial le pide la venia, lo hace reconociéndole una posición eximia, también en lo económico (McDermott y Orentzel 1979:13).

EL ABOGADO INFLUYENTE

En realidad, Quintiliano, parece haber gozado de envidiable holganza económica porque, además de sus ingresos por su trabajo diario como docente (2, 2, 8), contaba con las minutas obtenidas eventualmente en los tribunales. En su obra solo menciona ejemplos de su intervención en cuatro causas judiciales (Kennedy 2017:14).

Sobre una de ellas relata cómo desarmó una artimaña del abogado contrario. El caso concernía a una joven que pretendía hacerse pasar por hermana del cliente de Quintiliano, probablemente por cuestión de herencia. El abogado de la mujer le aconsejó que se sentara cerca de su supuesto hermano, pero éste, advertido por Quintiliano, se alejó, y desarmó así el efecto de la escena preparada ante el tribunal por la parte contraria (6, 1, 39).

Otro de los casos, se refería a si la esposa de un tal Nevio, de Arpino, falleció al ser precipitada por su esposo desde cierta altura, o si se arrojó ella misma. ¿Asesinato o suicidio? Parece que Quintiliano defendió a Nevio –el supuesto de suicidio, por tanto– (7, 2, 24).

Menciona también, a propósito de un caso de defensa de una inculpada por querer forzar la voluntad de su marido modificando el testamento, que habría preparado una estrategia para que, a través de los herederos, le llegara el patrimonio que por limitaciones legales no podría ser suyo. Hubo de defenderla sin poner en riesgo el legado (9, 2, 73-74).

Pero hubo un caso más, el que probablemente le reportaría mayor proyección. Se trata de la defensa de Berenice, la hermana de Agripa II, rey aliado de Roma en Judea. Durante las campañas de Roma contra los judíos, Tito entabló relación con ella, pero retornó solo a Roma en el año 71. Se estima que, en el año 75, durante la visita de Agripa a la urbe, Berenice acompañó a su hermano y probablemente la relación se reanudara. Consta otra visita de Berenice a Roma en el año 79 con Tito ya como emperador, pero más breve. Intrigas de corte, anhelos matrimoniales, desconfianza hacia una potencial esposa imperial extranjera, hacia una Augusta de origen judío, influencias de una amante que recordaba a los tiempos de Cleopatra..., son insondables las derivaciones y las valoraciones

que despertó en Roma la breve presencia –y la continuada ausencia– de Berenice en la corte, pero, aun así, hubo tiempo para emprender contra ella una causa judicial, probablemente en el año 75, en la que ella misma era juez al tiempo (*Inst. Orat.* 4, 1, 19; Kennedy 2017:17). Quintiliano afirma haberla defendido, pero no explicita los cargos⁴. Es probable que tan anómala vista se produjera en el consejo consultivo imperial, donde anteriormente se había encausado a damas de la familia imperial (Levick 1999:194). La causa del litigio apunta a la incómoda –o inadecuada– presencia de Berenice en Roma.

Sin duda alguna, la defensa de Berenice habría de consolidar sin fisuras la posición ventajosa de la que gozaba Quintiliano ante Vespasiano, el emperador que lo promovió a la enseñanza pública, y también ante Tito, su hijo y futuro emperador entre los años 79 y 81. Quintiliano puso su prestigio y su fama profesional al servicio de la causa de Berenice, la amante no recomendable para Tito de cara a la opinión pública.

QUINTILIANO Y DOMICIANO

La vinculación de Quintiliano con la casa imperial fue dinástica. Dos noticias restan para atestiguar esa proximidad sostenida, que se adentran en los años del reinado de Domiciano –del año 81 al 96–. El propio escritor recuerda al comenzar su libro cuarto que fue el propio emperador Domiciano quien le encomendó directamente a él la educación de los nietos de su hermana⁵. Se trataba de los niños de Flavia Domitila, casada con Flavio Clemente, su primo. El emperador, sin hijos para sucederle, pensó en estos niños como herederos, y los llamaba Vespasiano y Domiciano en clara demostración de su inclinación por ellos. Pero no le sucederían. Tras la conspiración palaciega que asesinó al emperador y que puso fin a la dinastía, los derroteros políticos se modificaron (Salles 2002:195).

En todo caso, y por lo que a Quintiliano respecta, la designación como instructor de los niños Flavios, le reportaría otras satisfacciones. Flavio Clemente, el padre de los infantes y primo del emperador, acabó encumbrándolo socialmente. Clemente fue cónsul junto con el emperador Domiciano en el año 95, pero probablemente ese mismo año cayó en desgracia: en circunstancias poco claras que lo vinculan con cargos de impiedad y ateísmo, tal vez por ser cristiano, fue ejecutado ese mismo año y su esposa desterrada a la isla de Pandateria (Jones 1992:48, 115; Salles 2002:198s; Fernández Uriel 2017:262). Antes de que esto ocurriera, sin embargo, Clemente tuvo tiempo, según Ausonio, el rétor del siglo IV, para promover la concesión de los honores consulares a Quintiliano: «Quintiliano, que recibió las insignias consulares gracias a Clemente, parece que tuvo más los

⁴ Quint. 4, 1, 19: ... *et ego pro regina Berenice apud ipsam eam dixi.*

⁵ Quint. 4, pr. 2: *cum mihi Domitianus Augustus sororis suae nepotum delegaverit curam.*

adornos de ese título que los atributos propios del poder»⁶. Se trataba de otorgarle las más altas dignidades políticas, aunque sin desempeño ejecutivo del cargo de cónsul. Obviamente, en el contexto imperial, la designación como cónsul quedaba lejana del ejercicio pleno de la máxima magistratura en época republicana. Esta concesión de honores sin cargo venía a refrendar la idea de una apariencia escenográfica en relación con la dignidad consular, pero a Quintiliano le confirió la más elevada promoción social y, probablemente, también el ingreso en la clase senatorial y en el Senado, del que los altos magistrados formaban parte. La peculiar distinción social lograda lo colocaba en el punto de mira de una manera muy conspicua. Delataba el favor imperial al tiempo que lo situaba ante la elite cultural en situación comprometida: la intelectualidad de su época, escritores coetáneos como Marcial o de una generación más joven, como Juvenal, se harán eco de manera sarcástica de esos privilegios.

LA FAMA DE QUINTILIANO

Es probable que su caso explique una cita de Suetonio en la que, al hablar de los retóricos, recuerda cómo «algunos de ellos, de muy modesta fortuna, llegaron a la dignidad senatorial y hasta los más altos honores» (*Rhet.* 1; Espinosa 1984: 163). La cita evidencia lo insólito de las circunstancias y sería de aplicación al caso de Quintiliano. En cierto modo lo refrendaría otra cita de Plinio el Joven. En una carta a un amigo de provincias se refiere a Liciniano, un senador que fue desterrado por Domiciano, acusado de mantener relaciones con una vestal. Bajo el reinado de Nerva se le permitió vivir en Sicilia y, allí, hacia el año 104, se reconvirtió en rétor. Plinio se referirá, a propósito del caso, a los caprichos de la Fortuna, que «torna a los senadores en profesores y a los profesores en senadores» (Plin. *Epist.* 4, 10, 2; McDermott y Orentzel 1979:23). Quintiliano había recorrido el camino inverso al de Liciniano y, probablemente, provocara el resentimiento de no pocos senadores (Jones 1992:48). La extrañeza que reflejan Suetonio y Plinio es trasunto de una encubierta censura ante el trastocamiento de convencionalismos sociopolíticos republicanos, establecidos por una tradición de muchos siglos, y que el régimen imperial muta, transformando los «honores» de las magistraturas en condecoraciones.

En todo caso, Quintiliano mereció alusiones más específicas e inequívocas. Ya anteriormente citábamos a Marcial: en el inicio de un epigrama invoca a Quintiliano para aludir a su propia opción personal por un modo de vida más tranquilo y sin complicacio-

⁶ Aus. *Grat. Actio* 7. 31: *Quintilianus consularis per Clementem ornamenta sortitus honestamenta nominis potius videtur quam insingia potestatis habuisse* (trad. de A. Alvar Ezquerro).

nes. No menciona que ambos fueran originarios de ciudades relativamente próximas, Bilbilis, en las inmediaciones de Calatayud, y Calagurris, en Calahorra, pero en cierto modo esa proximidad en el origen late al marcar las distancias en el modo de vivir:

Quintiliano, preceptor sin igual de la juventud inconstante, gloria de la toga romana, perdóname si me apresuro a vivir, a pesar de ser pobre, antes de que la edad me haya convertido en un inútil; nadie se apresura suficientemente a vivir. Déjelo para más adelante el que desea superar la fortuna de su padre y ocupa el atrio de su casa con retratos excesivos. A mí me agradan un hogar y un techo que resistan, sin mostrar indignación, los negros humos y una fuente de agua viva y la hierba silvestre. Deseo tener un esclavo bien alimentado, tener una esposa no demasiado culta, tener noches en las que disfrute del sueño y tener días sin pleitos.⁷

El epigrama se articula sobre la contraposición entre modos de vida: a Marcial le corresponde el sencillez, sin lujos, pero sin preocupaciones; el ajeno a los pleitos. Los pleitos son, en efecto, el soporte pecuniario de Quintiliano, que se desenvuelve en el inquietante mundo de los tribunales. Esta dualidad de modos de vida, opuestos, puede interpretarse como una embestida contra todo un sistema de valores vigentes en la sociedad que encarna, y en la que goza de protagonismo, Quintiliano (Espinosa 1984:167).

Marcial le aplica el calificativo de «moderator», por tanto, su fama reviste coherencia entre el rol de profesor que atempera a los jóvenes y su ordenada vida. Cabe reconocerlo como un referente moral de corte tradicional, pues nada más tradicional que los atrios con imágenes de antepasados.

Al denominarlo «gloria de la toga romana», las connotaciones que comporta el traje de ciudadano elevado a la máxima expresión conciernen a la actividad forense, a los tribunales, pero también a la política. El sentido pleno del epigrama se logra si, en el momento de escribirlo, Quintiliano hubiera alcanzado ya las dignidades consulares con el ingreso en el orden senatorial: los atrios con retratos se refieren a las casas de la aristocracia, que exhiben en su patio interior las imágenes de antepasados que han desempeñado las magistraturas más elevadas –pretores, cónsules, censores–. Pero en todo caso, hubiera logrado Quintiliano ya, o no, los más altos honores, Marcial no comparte sus ambiciones por medrar en la escala social. Late una cierta denuncia de arribismo pretencioso y, por supuesto, no compartido. Esa es la sátira.

⁷ Marc.2, 90, 1-7: Quintiliane, uagae moderator summe iuuentae, / gloria Romanae, Quintiliane, togae, / uiuere quod propero pauper nec inutilis annis, / da ueniam: properat uiuere nemo satis. / Differat hoc patrios optat qui uincere census / atriaque inmodicis artat imaginibus: / me focus et nigros non indignantia fumos tecta / iuuant et fons uiuus et herba rudis. / Sit mihi uerna satur, sit non doctissima coniunx, / sit nox cum somno, sit sine lite dies.⁷ (trad. de D. Estefanía)

Emana, por tanto, de este epigrama de Marcial una doble faceta en relación con la fama de Quintiliano. El anverso corresponde al referente moral, teñido de tradicionalismo conservador, que aúna rectitud moral con apariencia formal correcta. El reverso delata al hombre ambicioso, rico, que progresa en la escala social, pero no sin concesiones, pues el modo de vida se torna más complejo e inquieto.

En Juvenal, ambas facetas de Quintiliano encuentran refrendo. Por un lado, en la sátira séptima, como ya vimos anteriormente, el poeta satírico recordaba que el calagurritano era el único retórico cuyo sueldo estaba muy por encima de los dos mil sestercios que hubiera cobrado por un alumno el profesor de enseñanza superior mejor pagado, y se preguntaba por el origen de la acaudalada fortuna de Quintiliano. Su alta posición económica, por tanto, fue tratada con sorna por parte de la poesía satírica.

Por otro lado, en la sátira sexta, en la sección en la que habla de las mujeres y de su degenerada incontinencia, Juvenal recuerda a Quintiliano, quien, al lado del atractivo procaz de cómicos, actores trágicos, citaristas, flautistas, y, por supuesto, gladiadores, carece de encanto: «¿Esperabas que se enamoraran de Quintiliano?»⁸. El modo más sencillo de comprender este pasaje lo vincula con la faceta de referente moral que envolvía al retórico: su rectitud, los valores que encarnaba, no resultaban estimulantes ni atrayentes a las mujeres romanas del momento. En esa misma sátira Juvenal vuelve a recordar a Quintiliano, pero será en su faceta de abogado, puede que famoso por defender causas de mujeres que quizá la opinión pública tuvo por culpables (Mc.Dermott y Orentzel 1979:25). Juvenal denuncia supuestos de adulterio femenino:

¡Pero qué escritos, qué tablillas leerías si se abrieran para ti los cofres de esta celosa adúltera! Ahora se reclina en el regazo de un esclavo o en el de un jinete. Quintiliano, si te atreves, dime cómo defender esto.⁹

En este caso, obviamente, Quintiliano es evocado por su condición de orador de éxito, y quizá por casos como la defensa de la viuda inculpada por maniobrar a su favor en la herencia de su marido (9, 2, 73-74). En todo caso, como ya se ha dicho, Juvenal lo está evocando unos veinte años después de fallecido.

⁸ Juv. 6, 75: *an expectas ut Quintilianus ametur?*

⁹ Juv. 6, 277-280: *quae scripta et quot lecture tabellas / si tibi zelotypae retlegantur scrinia moechae! / sed iacet in serui complexibus aut equitis. dic, / dic aliquem sodes hic, Quintiliane, colorem.* (trad. de M. Balasch).

AL SERVICIO DEL EMPERADOR

La fama que envolvió a Quintiliano quedó plenamente consolidada en su momento. Mereció el recuerdo, en distintos pasajes, de Marcial, de Juvenal y de su discípulo Plinio el Joven, como se verá posteriormente. En su misma época Quintiliano es reconocido en una doble faceta profesional y social. La profesional es indiscutible y meritoria. Y a su vez se desdobra en su vertiente de profesor que educa a la juventud y en la de orador que demuestra su magisterio actuando ante los tribunales de justicia.

La otra faceta, la social, es más controvertible. Se asienta sobre una holganza económica envidiable, que no le exonera de invectivas mordaces y en cierto modo soterradas. Sobre todo ello planean unos designios imperiales que los autores no osan criticar abiertamente, pero que contaminan la figura que proyecta Quintiliano para la historia y ponen en cuestión hasta su dedicación más elogiada de partida: la de profesor.

Al hablar de la cátedra ocupada por Quintiliano, ya se anticipaba que la iniciativa de Vespasiano al crear escuelas de retórica latina y griega ofrece interpretaciones de tendencia distinta: en primera instancia, podrían verse como una muestra de mecenazgo, de un emperador que quiere ser reconocido como «evergetes», es decir, como un benefactor social, comprometido, además, de manera pionera, con la educación, en el marco de su política de protección de las letras y las artes (Marrou 1985:390). Pero la desconfianza aflora: cabe pensar que había un trasfondo calculado tras la medida, un modo de poner en marcha el trabajo de los retóricos en aras de la legitimación del régimen imperial fomentando el estudio de los emperadores y su gobierno por parte de biógrafos e historiadores formados en las escuelas oficiales (Levick 2017:223). Es cierto que los profesores que desempeñaron esas cátedras fueron retóricos muy selectos de reconocida solvencia profesional (Bonner 2012:161), pero aún es posible ir más lejos: cabe pensar en la voluntad, por parte del poder imperial, de controlar la educación, el ámbito de secular libertad en el que se formaban las familias de la aristocracia (Salles 2002:322). Tácito escribiría que fue Augusto quien, a través de la disciplina política, había domesticado la elocuencia (Tac. *Orat.* 38), y sobre este argumento se ha negado todo vestigio de filantropía en las medidas educativas aplicadas por Vespasiano (Lomas 1990:74). Lo cierto es que las certezas sobre las causas de la creación de las cátedras no existen. Solo conocemos los efectos, y estos son opinables: se pueden cargar las tintas sobre los aspectos formativos didácticos, sobre los programáticos y/o sobre los morales.

La consigna con la que emprende su obra Quintiliano está comprometida con una formación en valores. Hace suya la máxima catoniana del «vir bonus dicendi peritus» (12, 1, 1; también 1, pr., 9): su objetivo es la formación integral del orador, «un hombre honrado que sabe hablar». La cuestión radica en saber si es por convencimiento personal o

porque comulga con la idea de “una educación alienadora” (Lomas 1990:75), en el marco de un proyecto político de signo regeneracionista (Soriano 2006:112), que tendía a la erudición y a un encorsetamiento cultural como estrategia para alejar a los jóvenes de lecturas de talante más abierto y crítico. Tal vez Quintiliano reivindicaba esa formación en la bondad moral por ambos motivos a la vez, por convencimiento personal y como servidor oficial.

¿ADULACIÓN O COMPROMISO CON EL PODER?

En la obra de Quintiliano se hallan dos referencias al emperador que podrían arrojar cierta luz, pero no es fácil saber si derivan del elogio sentido o del agradecimiento de un funcionario bien retribuido primero –cuando obtuvo la cátedra– y bien recompensado después –cuando se le encomendó la educación de los herederos del trono y se le distinguió con los honores consulares–.

Porque, ¿cuál debería ser el ámbito de la educación moral de mis alumnos, para que no sin justo merecimiento lo haya aprobado nuestro santísimo Censor, o cuáles los esfuerzos específicos para no parecer haber desilusionado con ellos a un Príncipe que, igual que en todo lo demás, es también eminentísimo en la elocuencia?¹⁰

Obviamente el Censor y el Príncipe son la misma persona y debe interpretarse que va referido a Domiciano, bajo cuyo reinado se habría escrito la obra. No escatima elogios. Es especialmente llamativa la alusión a su condición de censor –título que Domiciano mereció de manera perpetua (Fernández Uriel 2017:240)– porque podría entroncar con la línea de rectitud moral que Marcial apreciaba en Quintiliano y con el enfoque confeso que el propio retórico imprime a su labor educativa. Quintiliano valoraría especialmente las medidas correctoras y las decisiones censoras que emprendió el emperador (Suet. *Dom.* 9; McDermott y Orentzel 1979:14) y por las que también le adulaban Marcial y Estacio (Marc. 6, 2; Estac. *Silv.* 4, 3, 11-15). En efecto, Domiciano asumió la condición de «censor perpetuus» y recondujo a las vestales a su prístina castidad, revivificó las leyes de Augusto para combatir el adulterio, prohibió la castración... (Galimberti 2016:103). Es obvio que existe un trasfondo para explicar la alusión encomiástica al «sanctissimus censor». Por lo que a Quintiliano se refiere, reconoce –en la línea de lo que veníamos tratando–, que ha sometido a consideración y aprobación del emperador su programación didáctica, su línea educativa. Existe pues, en efecto, un control de la educación que va más allá del evergetismo benefactor por parte del emperador. La educación oficial en el

¹⁰ Quint. *Inst. Orat.* 4, pr. 3. *Quis enim mihi aut mores excolendi sit modus, ut eos non inmerito probaverit sanctissimus censor, aut studia, ne fefellisse in iis videar principem ut in omnibus, ita in eloquentia quoque eminentissimum?*

desempeño de la cátedra de latín guarda coherencia con la iniciativa de gobierno imperial. El tono servil de la declaración posiciona a Quintiliano en una posición plenamente comprometida.

Por otro lado, lo ensalza servilmente en todos los ámbitos, pero sobre todo por su capacidad comunicadora —«*eminentissimum*»—. Guarda coherencia con el otro pasaje de adulación de Quintiliano dirigido a Domiciano, como el más excelso poeta:

Hemos recordado estos nombres solamente, porque a Germánico Augusto lo apartó de su comenzada actividad poética la preocupación por el gobierno de las tierras, y a los dioses les pareció poca cosa que llegara él a ser el más grande de todos los poetas. Sin embargo, ¿qué hay más sublime, más culto, y al cabo más extraordinario en todas sus partes, que estas sus mismas obras, a las que siendo joven se dedicó retirado, tras entregar el mando del imperio? Porque ¿quién cantaría mejor las guerras que el que así las hace? ¿A quién escucharían de más cerca las diosas que protegen las artes? ¿A quién revelaría más sus artes la divinidad de Minerva a él familiar? Pregonarán esto con mayor resonancia los siglos venideros, pues ahora esa, su gloria poética queda ofuscada por el esplendor de sus demás merecimientos. Pero a nosotros, a los que miramos con respeto los sagrados tesoros de la Literatura, no nos llevarás a mal, César, si no pasamos esto en silencio, y en todo caso lo testimoniamos con un verso de Virgilio:

«¡trepe a tus sienes la hiedra entre laureles triunfales!»¹¹

El tono laudatorio difícilmente podría ser más exaltado. A modo de excusa se podría aducir ese tímido temor a la ira del emperador si se silencian sus méritos, pero no justifica un arrojito retórico como el que empeña el escritor. La historia, por su parte, se encargará de sumir en el olvido de la memoria esos versos para los que Quintiliano pronosticaba que habrían de resonar en los siglos venideros y que para Suetonio no merecían gran interés. Al contrario, este historiador acusa a Domiciano de fingir «moderación» —«*modestiam*»—, para enmendar un error de desobediencia a su padre el emperador, al emprender una expedición no autorizada en la Galia y Germania, y lo acusa entonces de fingir

¹¹ Quint. Inst. Orat. 10, 1, 91-92: Hos nominamus quia Germanicum Augustum ab institutis studiis deflexit cura terrarum, parumque dis visum est esse eum maximum poetarum. Quid tamen his ipsis eius operibus in quae donato imperio iuvenis secesserat sublimius, doctius, omnibus denique numeris praestantius? Quis enim caneret bella melius quam qui sic gerit? Quem praesidentes studiis deae propius audirent? cui magis suas artis aperiret familiare numen Minerva?. Dicent haec plenius futura saecula, nunc enim ceterarum fulgore virtutum laus ista praestringitur. Nos tamen sacra litterarum colentis feres, Caesar, si non tacitum hoc praeterimus et Vergiliano certe versu testamur:

«inter victrices hederam tibi serpere Laurus».

una gran afición por la poesía, a la que no dedicó interés antes de su grave error político y que despreció después (Suet. *Domic.* 2). Le sirvió como tapadera.

¿Qué pensar entonces de los elogios de Quintiliano a Domiciano? Se trata del mismo emperador que le encargó educar a sus sobrinos-nietos, herederos del trono «in pectore», y bajo cuyo reinado el retórico obtuvo la distinción suma de los ornamentos consulares y la más alta promoción social. Muy lejos llevaría, en este momento, entrar en el profundo y sostenido debate acerca de la valoración global tiránica del reinado de Domiciano, un debate que, por otro lado, no podrá cerrarse. La historiografía actual tiende a matizar la visión más negativa legada por la documentación antigua sobre el comportamiento autocrático de Domiciano, a diferenciar la parte más dura, sobre todo los tres últimos años, del resto de su reinado y a poner en valor la acción de gobierno desarrollada con importantes avances en distintas esferas (ver Jones:1992; Salles:2002:179; Galimberti 2016:104s; Fernández Uriel 2017:288). Un hecho incuestionable, y que condicionará inexorablemente cualquier valoración del emperador, estriba en el decreto senatorial de «*damnatio memoriae*» emitido tras su asesinato para eliminar todo rastro oficial del reinado de Domiciano. De hecho, a partir de esta decisión, que la dinastía siguiente cuidó de ejecutar con ardor para realzar la llegada de un tiempo nuevo, una vez superada la autocracia tiránica, el registro epigráfico sobre Domiciano fue cuidadosamente destruido y la producción literaria que lo iba a mencionar se vio profundamente mermada y sesgada (Pailler y Sablayrolles 1994).

Valorar a Quintiliano por delegación, a partir de su adulación a Domiciano, un emperador maldito por la memoria romana y por la cristiana, que lo reconocía como perseguidor (Salles 2002:296), es obviamente un exceso. Pero se ha practicado (ver Kerr 2002:IV). Es cierto que se puede estimar el móvil de esas adulaciones como una muestra de gratitud por los favores concedidos (Clarke 1967:35; Von Albrecht 1997:1255), especialmente por confiarle la educación de los infantes de la familia imperial, pues no estamos en condiciones de saber si, cuando se escribieron, Quintiliano ya había recibido también los ornamentos consulares. Se pueden valorar esos elogios a Domiciano como un verdadero apoyo (McDermott y Orentzel 1979:14), pues existe coherencia entre las medidas de corrección moral puestas en marcha por el emperador, actuando como censor, y la propia axiología de Quintiliano. De una manera taxativa esa complicidad queda expresa en la cita destacada de la página 17 de este libro, cuando dice que el emperador le ha aprobado «no sin justo merecimiento» su propuesta de educación moral. Pero en todo caso, no se debe confundir un objetivo de conocimiento de historia de las mentalidades –intentar escudriñar la relación entre el emperador y el retórico–, con la elaboración a partir de ello de un juicio literario y biográfico. El valor cultural –literario, educativo, retórico...– de su *Institutio oratoria* es independiente.

EL FINAL DE LA BIOGRAFÍA

La trayectoria vital de Quintiliano quedó marcada a todos los efectos por su vinculación con la casa imperial. A juzgar por el tono de los elogios, no del todo voluntarios porque reconoce que por parte del emperador no se espera de él una actitud tácita o silente, se diría que, sin embargo, el retórico se presenta como un incondicional expreso de Domiciano. Nada dejó registrado sobre sus atribulados inicios con Galba, ni sobre su boyante trayectoria bajo Vespasiano y bajo el breve reinado de Tito –años 79 a 81–. En la Roma de la época, su éxito social y económico se vio revestido de fama como orador y, sobre todo, como profesor.

Inicia su obra, ya retirado, recordando precisamente sus veinte años de profesor (1, pr. 1). No existe acuerdo sobre cuándo se inició. Se ha calculado que fuera en el año 88, cuando se cumplieron dos décadas desde su llegada a Roma junto con las huestes de Galba, y esto guardaría coherencia con el hecho de que San Jerónimo emplazara la noticia sobre cómo Quintiliano fue el primero en ocupar la cátedra de latín, en ese preciso año (Jerón. *Chron ad ann.* 2104; Clarke 1967:31). En ese caso habría que pensar, por tanto, que la ocupó menos tiempo porque la fecha de establecimiento del sueldo oficial se cifra hacia el año 71 o 72. Pero es más probable que se retirara más tarde, hacia el año 90 o 91, pues seguramente puso en marcha su escuela un tiempo después de establecerse en Roma, dado que la urbe y él mismo vivían un momento inestable cuando Quintiliano llega con Galba (Kennedy 2017:21). A lo sumo, se habría retirado en el año 92, cumplidos los veinte años desde que ocupara su puesto al servicio del Estado (McDermott y Orentzel 1979:15).

Por aquellos años, quizá tras su retiro, es probable que estuviera ocupándose de la formación de los niños de la familia Flavia, los hijos de Clemente, los favoritos de Domiciano. Las estimaciones sobre las fechas de nacimiento de los niños apuntarían hacia el año 90 como fecha de la encomienda (Clarke 1967:33; Jones 1992:48) o quizá tras su retiro, hacia el año 94, cuando ya tenía emprendida la redacción de la *Institutio oratoria* (McDermott y Orentzel 1979:13), pero antes en todo caso de la muerte de Flavio Clemente, que se estima en el año 95 como ya se indicó anteriormente.

A partir de esa fecha no hay certezas sobre Quintiliano. Domiciano es asesinado el 18 de septiembre del año 96 y, a juzgar por los elogios que mereció en la obra de Quintiliano, y por la suerte que corrieron el emperador y su memoria, habrá necesariamente que pensar que la *Institutio oratoria* vio la luz pública antes del final del reinado de Domiciano (Cousin 1931:74; 1975:XXVII; Kennedy 1972:493; 2017:24; Espinosa 1984:164; Kerr 2002:IV). Hubiera sido demasiado comprometido para su autor y para su editor, Trifón, publicar los elogios a Domiciano tras el desalojo dramático de éste del trono imperial. No

creemos por tanto que el libro pudiera publicarse en los años 97-98 (McDermott y Orentzel 1979:26), a contracorriente de una rigurosa «damnatio memoriae» contra Domiciano. Los argumentos, que se apoyan en la carta a su editor, no soportan el empuje del revisionismo imperial emprendido tras la llegada de Nerva al trono. Quintiliano dice que Trifón le ha presionado a diario y que él hubiera preferido aguardar para la publicación de sus libros, siguiendo el consejo de Horacio de esperar nueve años (Roche 2016:445). Afirma lo siguiente: «no los consideraba suficientemente maduros, ya que, en su redacción, como sabes, pude emplear poco más de dos años, apremiado como estaba, por lo demás, entre tantas ocupaciones»¹². Su retiro, por tanto, no fue pleno, y entre otras actividades se contaría la educación de los niños flavios. La alusión a estos, de cuya educación confiesa que se ocupa por encargo del emperador en el proemio del libro IV, invita a pensar que la *Institutio oratoria* probablemente se publicó antes de la caída en desgracia de Flavio Clemente y de su ejecución en el año 95 (Kennedy 2017:26). Sabiendo que tardó dos años en escribir la obra y que durante «ese tiempo se dedicó no tanto al pulimento de la redacción, cuanto a la investigación de la obra casi interminable»¹³, y contando que se resistió a entregarla a su editor durante un tiempo, se podría fijar en efecto hacia el 91 o 92 el inicio de la misma.

El año 96 marca el final de lo que se sabe sobre la biografía de Quintiliano (Cousin 1931:76; 1975:XXXI; Espinosa 1984:164). Hay que pensar que cuando Juvenal escribe sobre él, entre los años 115 y 120, Quintiliano es ya un referente consagrado en la memoria. Quizá habría desaparecido por la misma época en que murió Domiciano (Kennedy 2017:27s). En todo caso, a los efectos de la historia, así ha sido.

EL MARIDO AFECTUOSO

La dimensión trascendente del escritor lo une a una época, la de los flavios y, en especial, a Domiciano; lo une también a unos valores morales de moderación tradicionalista y a unos valores literarios que retornan al pasado, al clasicismo ciceroniano de la retórica. Pero no es mucho lo que conocemos sobre su dimensión personal y cuando la información llega, lo hace teñida de desconsuelo y de voluntad al tiempo. La redacción de la obra se convierte en una terapia para un hombre que, a mitad de su trabajo, se ha quedado sólo y ha perdido a toda su familia.

¹² Quint. *Ad Trif.*1: *Nam ipse eos nondum opinabar satis maturuisse, quibus componendis, ut scis, paulo plus quam biennium tot alioqui negotiis districtus inpendi.*

¹³ Quint. *Ad Trif.*1: *quod tempus non tam stilo quam inquisitioni operis prope infiniti et legendis auctoribus, qui sunt innumerabiles, datum est.*

Lo refiere en el proemio del libro sexto. Había asistido a la muerte de su esposa y madre de sus dos hijos, a los que alumbró antes de cumplir los 19 años (6, pr. 4). Obviamente se trata de un matrimonio de alianza, pactado conforme a la tradición romana, en la que el marido, maduro –con más de cuarenta años en este caso– y con la posición social y económica bien consolidadas, acuerda las capitulaciones con el padre de la novia, con frecuencia cuando ella es niña, y contraen matrimonio apenas la joven llega a la edad púber. Si la joven ya tenía dos hijos a los 19, pueden haber contraído la unión cuando ella tenía unos 15 años –17 a lo sumo–. El hijo mayor, cuya muerte desencadena la introspección que Quintiliano pone por escrito, fallece con diez años, así que probablemente el matrimonio podría haberse producido unos once o doce años antes, hacia el año 82 quizá (Kennedy 2017:27).

Todo en torno a su esposa respira la atmósfera patriarcal que hunde sus raíces en las tradiciones republicanas más ancestrales. La edad de la joven dama y su anonimato son indicadores del rol maternal que se le deparaba: «ya antes me había sido arrancada la madre de aquellos mismos hijos, de los dos que ella había dado a luz sin haber cumplido todavía los diecinueve años», escribe Quintiliano (6, pr. 4). Cabe pensar que hubiera más embarazos que no llegaron a feliz término, pero en todo caso Quintiliano parece indicar que había cumplido sobradamente con su rol en ese punto: no se refiere a ella como esposa sino como madre de sus hijos.

El trasunto cultural patriarcal aparece de manera evidente cuando la reconoce como una mujer virtuosa, que cumple con los cánones sociales ancestrales:

adornada como estaba de toda virtud, como conviene a las mujeres, con su muerte trajo dolor incurable a su marido, porque estando entonces en una edad todavía tan propia de una niña, sobre todo si se la comparaba con la mía, podía también ella contarse entre las heridas por la privación de una hija (6, pr. 4).

Quintiliano en primera persona. Late el afecto, quizá la piedad conyugal, un sentimiento que entraña veneración y respeto, pero no hay amor expreso; y queda después una pena, un desgarró: «Me hallaba yo de tal modo afligido por esta tan singular desgracia, que ningún acontecimiento venturoso podría ya hacerme feliz» (6, pr. 5).

Aflora la faceta más intimista del retórico. El éxito profesional y social no se vieron correspondidos en el plano personal y familiar, pero son planos interdependientes. Quintiliano había logrado un buen matrimonio. Al hablar de las expectativas que tenía con su hijo, el mayor, que fallece con diez años, indica que estaba destinado a ser yerno de un pretor, que era, para más señas, el tío del propio niño (6, pr. 13). Por tanto, Quintiliano se había casado con una mujer de la «nobilitas», alguien cuya familia se integraba en la

aristocracia, que hacía carrera política con indudable éxito y de muy ventajosa posición económica.

EL PADRE DESCONSOLADO

Por lo demás, Quintiliano asiste al desmoronamiento de sus expectativas familiares sucesorias: «mi hijo menor, cumplidos los cinco años, arrebatome el primero una de las dos luces de mi vida» (*Inst. Orat.* 6, pr. 6). El horizonte trazado pierde una de sus dos estelas: se trata del hijo que despierta de manera más intensa los afectos de Quintiliano y que quería al padre por encima de cualquier otra persona, por encima de nodrizas y de «su abuela que lo crió» (6, pr. 8). El dolor de la pérdida sucede al que «pocos meses antes había experimentado por causa de aquella madre bonísima y que sobrepasa toda alabanza» (6, pr. 9).

Quintiliano deposita entonces sus anhelos y expectativas en el hijo que le queda: «después de estos eventos mi único sostén estaba en la sola esperanza y alegría de mi Quintiliano, y podía bastar a mi consuelo» (*Ibidem*). A todas luces se trataba del sucesor, el hijo que llevaba su nombre y, probablemente, el de su padre y el de su abuelo. Y no le defraudaba: Quintiliano jura, poniendo por testigos a sus muertos: «en mi larguísima experiencia no conocí nada más sobresaliente», y daba fe «de su capacidad para el estudio, ya en esos años, sin ser coaccionado» (6, pr. 10). Contaba con otras virtudes físicas –voz, belleza– y con una gran capacidad verbal en griego y latín, pero las Parcas truncaron su destino tras hacerle atravesar una enfermedad de ocho meses. No indica qué le afectó, sólo que le fue haciendo languidecer en brazos de su padre (*Inst. Orat.* 6, pr. 11-12).

El retrato de Quintiliano quedaría incompleto sin evocar estos pasajes más íntimos que concilian el relato histórico con la dimensión humana. Sin embargo, los sentimientos y las relaciones paterno-filiales se proyectan sobre la vida social y los intereses. Este niño que fallece «cumplidos ya los diez años de edad» (6, pr. 10), es el que ya estaba prometido con su propia prima, hija de un pretor, y del que sabemos algo más: «por la reciente adopción de un cónsul» le aguardaba el futuro más elevado, pues su padre depositaba en él «las esperanzas de todos los cargos honoríficos» (6, pr. 13). Las ambiciones de Quintiliano no eran desmedidas, pero sí las más altas. Gracias a su éxito personal y social había logrado ya entablar una alianza matrimonial para su hijo niño, alianza que los vinculaba a ambos directamente con un consular, la más alta dignidad política. Planeaba para el niño la carrera política de las magistraturas, el «cursus honorum». Tras el régimen de gobierno imperial sigue vigente el entramado sociopolítico republicano. Las magistraturas han perdido poder y brillo en una Roma donde las decisiones imperiales vienen a

trastocar el ordenamiento secular, pero éste, aunque aquejado de esclerosis, sigue funcionando, mantiene su valor de referente codificado sobre el que se vertebra la jerarquía social. Quintiliano acariciaba el cielo. Contaba con el favor imperial. Quizá ya había recibido los ornamentos consulares por mediación de Flavio Clemente, pero no es posible saberlo. Probablemente este primo del emperador se los consiguiera durante su mandato como cónsul, en el año 95, antes de ser juzgado y ejecutado, tal vez, por su condición de cristiano (Jones 1992:115; Salles 2002:295; Galimberti 2016: 101, 104). ¿Era Clemente el padre adoptivo de Quintiliano hijo? Parece que no, sino que se refiere a un cónsul que habría ejercido su cargo antes.

Todos los planes se frustran, sin embargo, con la muerte del niño. ¿De qué servía entonces divulgarlos? Subyace el orgullo del padre, del hombre de éxito, del arribista, tal vez, que ha escalado a lo más alto de la escala social y que necesitaba esa alianza para legitimarse y verse reconocido por sus pares, por la aristocracia, merced a su casamiento, y por la élite consular, con la que había emparentado a su hijo mediante adopción. Él mismo recibirá esos honores consulares por graciosa concesión, en reconocimiento a sus méritos profesionales y a sus servicios dispensados a la dinastía imperial. Pero no era lo mismo. Era un consular de honores, y de servicio, no por desempeño de magistraturas, no por haber sido cónsul. Al narrar sus planes acaricia por última vez, públicamente, que su proyección le hubiera finalmente encumbrado y enlazado socialmente al más alto nivel. No pudo ser.

La muerte de su hijo mayor, el único que le quedaba, derrumba a Quintiliano «que sólo sobrevive para castigo propio», reconociendo no tener ganas de vivir (6, pr. 13). Todo aquello por lo que se ha esforzado le habrá reportado a lo largo de su vida sus satisfacciones personales propias, pero se queda sin hijos a los que legarlo, y los valores tan romanos de sucesión familiar, de transmisión patrimonial patriarcal se malogran sin remisión. Sin duda tuvo que buscar herederos alternativos que desconocemos, pero su pesar al respecto es elocuente. Tras lo ocurrido, hace un paréntesis en la redacción de la obra y reemprende después la tarea, que le servirá en cierto modo de terapia, pero asegura: «ya no proseguimos para provecho alguno mío [...]. Nosotros, dignos de compasión, igual que dejaremos los bienes de nuestro patrimonio, así de antemano íbamos disponiendo esta obra para otros» (6, pr. 4).

SUS DISCÍPULOS

Y al final, su patrimonio fue su obra; el pecuniario se extinguió con el tiempo. Su obra es lo que ha quedado, y los «otros».

Comencemos por los otros: sus discípulos. Son el legado que queda como prueba de un magisterio formativo. Varios son los propuestos y todos pudieron asistir a sus clases o acudir a oírlo en sus discursos, pero sólo uno se puede dar por cierto como discípulo famoso. Se ha escrito que enseñó a Plinio el Joven, a Juvenal y a los historiadores Suetonio y Tácito (Fernández López 1996:6), pero lo cierto es que sólo queda constancia de Plinio el Joven como alumno suyo (Kennedy 2017:15).

Este escritor refiere una anécdota de Quintiliano, al que llama «mi maestro» —«*praeceptore meo*»—, y en la que éste recordaba que él seguía habitualmente a Domicio Afro y lo acompañaba a sus juicios (Plin. *Epist.* 2, 14, 9). En otra de sus cartas, Plinio se dirige a Fundano y le recomienda al joven Julio Nasón, un político que se presenta a los comicios. Se trata del hijo de un amigo suyo del mismo nombre que, en la época en que ambos eran estudiantes, «venía casi todos los días a escuchar a los maestros que yo frecuentaba entonces» y cita a Quintiliano (Plin. *Epist.* 6, 6, 3). En ambos casos Plinio emplea verbos frecuentativos que indican prácticas habituales y que establecen la idea del magisterio antiguo, en el que el maestro lo era en clase y en el foro, en la escuela y en los tribunales, cuando los alumnos realmente eran discípulos que, siguiendo a su profesor, conformaban un cortejo, la preciada comitiva que en Roma acompañaba a los hombres públicos y a los patronos adinerados. Su tamaño acreditaba la relevancia social del prócer acompañado.

Tanto Plinio como Julio Naso pertenecían entonces a estratos sociales acomodados. La familia de Plinio, su tío, el famoso escritor naturalista, procedía del rango ecuestre y, por tanto, tenía una posición económica bien acomodada. No es difícil caer en la tentación de valorar qué pudo mediar para que su sobrino pudiera asistir a las reputadas clases de Quintiliano. Por su parte, Plinio el Joven alcanzará el consulado en el año 100. En cuanto a Julio Nasón, no se explicita a qué optaba como candidato, probablemente debutaba postulándose para cuestor, pues si se tratara de una magistratura superior seguramente se habría indicado. Por tanto, se trata de alguien en disposición de iniciar el «*cursus honorum*» y con aspiraciones a ingresar en la «*nobilitas*», la aristocracia o clase política, y en el orden senatorial, por medio del ejercicio de las magistraturas.

Considerados estos discípulos y los hijos de Fabio Clemente se puede concluir que con Quintiliano se formó durante veinte años una selecta sección de la alta sociedad romana, hijos de la «*nobilitas*» y de los caballeros que aspiraban a integrarse en ella. Seguramente también, provinciales procedentes de las familias más ricas o ambiciosas de los patriciados urbanos del Imperio, que enviaban a sus hijos a formarse a Roma. En este contexto cabe imaginar la solvente red de contactos e influencias que pudo tejer Quintiliano, insistentemente solicitado como profesor dadas su consolidada fama, la cátedra oficial y su relación con la familia imperial.

De manera explícita, en su *Institutio oratoria*, Quintiliano se encomienda a Marcelo Vitorio, a cuyo hijo Geta, un niño aún que se encuentra en la «prima aetas», está educando. Marcelo merece la dedicatoria de la obra desde el proemio del primer libro (1, pr. 6), donde Quintiliano lo identifica como «amicissimum». De hecho, está presente en varios momentos de la obra, en los que la dedicatoria se renueva (4, pr. 1), o donde se desvela que Marcelo ha sido el instigador de la *Institutio oratoria* –surgida «ex tua voluntate»– (6, pr. 1). La obra, los doce libros, concluye con una frase que se inicia así: «Estas eran las explicaciones, Marcelo Vitorio, con las que, a mi parecer, podían promoverse a través de nuestra labor las enseñanzas en el arte de hablar» (12, 11, 31). Obviamente su influencia en Quintiliano es intensa. Probablemente se trate de su patrono, pero ejerce su protección en un plano de proximidad amistosa: se trata de un senador que alcanza la dignidad de cónsul sufecto en el año 105 y a quien el poeta Estacio dedicó el libro cuarto de sus *Silvae*. Tal vez se trate del mismo Marcelo, además, que figura en la dedicatoria de una epístola literaria por parte del gramático Valerio Probo (Kennedy 2017:23). No parece que se deba reconocer en él a un mecenas que estimulara económicamente las letras. Quintiliano al menos no lo necesitaba. Marcelo aparece como un hombre con inquietudes literarias, que estimuló la creación.

LA OBRA

Precisamente mientras se dirige a Marcelo en el proemio de su obra, Quintiliano reconoce que otro de los motivos del inicio de su obra ha sido la existencia de libros apócrifos publicados en Roma:

con mi nombre corrían ya dos libros de Retórica, que ni yo había editado ni con ese fin había compuesto. Pues uno de ellos, unas lecciones dadas durante dos días, lo habían recogido por escrito unos esclavos, a quienes les estaba permitido; el otro, unas conferencias pronunciadas, por cierto, durante varios días, lo habían copiado, en cuanto habían podido seguirme tomando notas, unos jóvenes con buena intención, pero con excesivo amor hacia mí, y lo divulgaron con el precipitado honor de una publicación (1, pr.7).

Quintiliano, preceptor de niños, como los hijos de Marcelo y de Flavio Clemente, y profesor de jóvenes en educación superior, gozaba de una consolidada fama que estimulaba la codificación de sus enseñanzas, de manera unas veces consentida por el autor y otras no autorizada. Pero esto, la circulación con éxito de publicaciones apócrifas, además de la insistencia de Marcelo Vitorio y la percepción propia de que convenía publicar unos libros que «parecía que no habrían de ser carentes de utilidad», constituyen el origen de la *Institutio oratoria*.

Confiesa que, previamente, se dejó llevar «personalmente guiado por el deseo juvenil de adquirir fama», cuando publicó el discurso que pronunció en el caso de Nevio de Arpino en el juicio en el que se dilucidaba si precipitó a su mujer o si ella se lanzó al vacío (*Inst. Orat.* 7, 2, 24). Probablemente defendió a Nevio y ganó, y vio que su alegato, en un caso revestido de notoriedad pública, le podía reportar un prestigio como abogado.

El otro libro cuya autoridad reconoce, además de la *Institutio oratoria*, se titula *De causis corruptae eloquentiae* (*Inst. Orat.* 6, pr. 3). Lo estaba redactando en el momento en que se produjo el fallecimiento de su hijo menor. Menciona el suceso cuando, en el proemio del libro sexto, describe su desgarró personal al fallecer el hijo que le quedaba, y rememora que cuando estaba escribiendo el *De causis corruptae eloquentiae* fue «herido por parecido golpe del destino. Así pues, habría sido lo mejor arrojar la desdichada obra y todo lo que me había quedado de mis desafortunados trabajos literarios, sobre la prematura pira funeral, a las llamas que iban a consumir la sangre de mis entrañas» (*Ibidem*). La obra parece que no le reportó satisfacciones, y quedó para Quintiliano asociada a un momento luctuoso. El propio título predicaba en cierto modo el sesgo de la obra, contrario a un nuevo estilo retórico que estaría representado por Séneca, sobre todo, en tanto que Quintiliano abogaría por un retorno al clasicismo ciceroniano (Fernández López 2010:308). La obra se perdió, pero es muy probable que se tratara de un anticipo de sus principios retóricos y de sus críticas al estilo que se iba imponiendo en su época, todo lo cual, Quintiliano lo desarrollaría de manera sistemática en la *Institutio oratoria* (8, 3, 58). Desde esa perspectiva, se ha escrito que la desaparición de la obra no entraña una gran pérdida, pues en buena medida sus ideas fueron rescatadas (Kennedy 2017:20). El propio Quintiliano así lo acredita: «en estos libros habrá también algunas cosas repetidas, muchas en una forma distinta, muchas más añadidas, pero todas en una mayor disposición y elaboradas en cuanto ello nos será posible» (1, pr. 8).

Quintiliano no posee más obra literaria. Durante siglos se le atribuyeron dos series de declamaciones, las *Declamationes maiores*, que no guardarían relación con Quintiliano, y las *Declamationes minores*, que quizá se vinculen con su escuela retórica pero no salieron de su pluma (Fernández López 2010:308; Kennedy 2017:55s). Actualmente, pues, esas atribuciones se reconocen infundadas y erróneas y, de hecho, se publican bajo autoría de Pseudo-Quintiliano (por ejemplo, Winterbottom 1984; Stramaglia 2008; Casamento 2016).

«DE INSTITUTIONE ORATORIA». LA RAÍZ FILOSÓFICA

Doce libros, eso es cuanto ha quedado escrito por Quintiliano, los volúmenes consagrados a describir «la formación del orador» —«de institutione oratoria»—, tal y como el propio

autor la formuló en el inicio de su obra al dedicarla a Marcelo. Se trata por tanto de una obra voluminosa que incumbe al arte de la palabra. No se trataba de una novedad, como el propio autor reconoce, «porque no me era desconocido que autores de muy esclarecida fama en ambas lenguas habían legado a la posteridad, en lo que a esta materia toca, muchas obras escritas con extraordinario esmero» (1, pr. 2). Sin embargo, Quintiliano logró que su tratado trascendiera los siglos, sobreviviendo a un proceso de selección cultural que filtró y retuvo esos precedentes hoy perdidos. Obviamente el bagaje de la obra de Quintiliano debe reconocerse «a priori» como un producto decantado y de calidad apreciada.

El enfoque no se queda en lo formal, en el despliegue de un método efectista o artificioso, «igual que se alzan ante los ojos los frontones de los edificios y quedan ocultos los cimientos» (1, pr. 4). Al contrario, se propone descender a los fundamentos para articular una obra sólida en cuanto a su creación, pero también comprometida por su advocación, pues se propone «la formación del orador perfecto, que no puede serlo si no es un hombre honrado, y por esto mismo no sólo exigimos en él la eximia dádiva del hablar, sino todas las virtudes del alma» (1, pr. 9). En este aspecto, el de la educación del «vir bonus dicendi peritus», reaparece un aspecto ya anticipado que conecta su obra, como ya se vio, con un programa de acción gubernativa en materia de educación orientado a los valores morales.

Quintiliano lo enfoca desde otra dirección, no la de asumir una tarea de interés público decidido por el gobierno, sino la de argüir que es tarea del rétor, y no exclusiva del filósofo, educar en valores. De todos modos, en este punto, el escritor podría volver a situarse en alineación con las posiciones imperiales, pues no hay que olvidar que Vespasiano promovió una expulsión de filósofos de Roma (Fernández López 2010:320) y que se puede rastrear sin duda una cierta oposición por parte de estos a Domiciano (Jones 1992:122ss; Kennedy 2017:33). En ese sentido, la complacencia con la política Flavia por parte de Quintiliano aflora de nuevo: «Entre los antiguos maestros de la sabiduría, muchos no sólo enseñaron el bien, sino que también vivieron en armonía con su enseñanza. Pero en nuestro tiempo, tras este nombre, se han encubierto en la mayor parte de ellos los vicios más grandes» (1, pr. 15). Parece evidente que los filósofos no gozaban en ese momento de popularidad, pero tampoco se puede excluir que en Quintiliano se esté produciendo un posicionamiento de signo oficialista ante la intelectualidad del momento, a la que vitupera sin paliativos. Es evidente que el aspecto no le resulta indiferente, sino que lo incomoda, pues en el fondo su postura podría asimilarse a la del intelectual orgánico que predica pragmatismo de signo constructivo frente a los críticos con el sistema. Opta por el hombre consciente de sus deberes civiles —«vir civilis vereque sapiens»—: el hombre cabal «que se haya dedicado no a disputas vacías, sino al gobierno de la república; del que se alejaron de modo absoluto los que se llaman filósofos, aplicará con gusto todo lo que tiene fuerza

para hacer prevalecer en su discurso cuanto se haya propuesto como meta, una vez que tenga antes seguro en su espíritu qué es honroso hacer prevalecer»¹⁴ (11, 1, 35). Contrapone pues las disputas vacuas, patrimonio de los filósofos, con las metas civiles, que deben prevalecer. Menoscaba la autoridad de los filósofos de su época para reivindicar el rol ético que les corresponde a estos, en pro de una axiología supeditada al desempeño de la vida civil, de la que la retórica es canal de comunicación.

Al iniciar su obra, sin embargo, Quintiliano no muestra una animosidad general contra los filósofos, sino más bien una cierta rivalidad corporativa. No los cuestiona, solo reivindica para la retórica la formación en valores, «pues no estaría dispuesto a admitir que eso de dar cuenta de una vida justa y honrada, como algunos pensaron, es cosa que deba dejarse a la competencia de los filósofos» (1, pr. 109). Por tanto, su obra estará embebida de pensamientos y citas a pensadores, remontándose a las raíces griegas, para acercarse a los posicionamientos estoicos, pero en este aspecto, el que reivindica la conexión con la filosofía, se reconoce seguidor de Cicerón: «Y como muy claramente demuestra Cicerón, estas cosas [Filosofía y Retórica], igual que están vinculadas por naturaleza, así se hallan también unidas en su práctico campo de actuación, de suerte que sabios y elocuentes vengan a ser lo mismo» (1, pr. 13).

Lo que proclama realmente Quintiliano nace de la coherencia indisoluble entre la perfección espiritual y la verbal, pues nadie puede hablar bien si la palabra no emana de la bondad o la virtud, ya que estas son la fuente de la sabiduría. En este aspecto, se reconoce que Quintiliano tanto podría ser platónico, porque la retórica es ciencia y saber, como aristotélico, pues se trata de un arte aplicado o práctico, o estoico, pues la perfección emana de la virtud (García Castillo 1998: 898): «la Retórica es la ciencia de hablar bien, y es útil y un arte y un valor moral», escribe Quintiliano (8, pr. 6). La filosofía será en efecto uno de los vastos campos hollados sistemáticamente por Quintiliano en la fundamentación de su obra, y abre una de las fecundas vertientes de investigación que durante siglos ha auspiciado su obra.

LA FORMACIÓN PARA LA VIDA CIVIL

El sustrato y el discurso filosóficos nutren y enaltecen la obra de Quintiliano, sesgando una y otra vez los contenidos hacia una dimensión que pretende aunar sabiduría con perfección moral, pero desde el principio queda enunciada también la dimensión aplicada de

¹⁴ Quint. 11, 1, 35: *At vir civilis vereque sapiens, qui se non otiosis disputationibus sed administrationi rei publicae dederit, a qua longissime isti qui philosophi vocantur recesserunt, omnia quae ad efficiendum oratione quod proposuerit valent libenter adhibebit, cum prius quid honestum sit efficere in animo suo constituerit.*

la oratoria a la vida civil. La vida justa y honrada no es materia exclusiva de la filosofía «puesto que aquel varón con verdadero sentido de ciudadano y llamado a la administración de tareas públicas y privadas, que pueda regir las ciudades con su palabra en el Consejo, cimentarla por medio de leyes, mejorarlas con sus decisiones ante los tribunales, ningún otro puede ser en realidad más que orador» (1, pr. 10). La retórica no puede limitarse a ser un medio, o un instrumento para el desempeño de la vida civil. Imbuida de formación ética, debe constituirse en una garantía para un ejercicio eficaz y pleno de la ciudadanía en la dirección correcta, la conveniente para la gestión del interés público.

Los enunciados de Quintiliano podrían parecer aquejados de grandilocuencia. En la perspectiva histórica, y en lo que concierne a la proximidad y la anuencia del escritor con el poder imperial, no puede dejar de echarse en falta el sentido prístino que la oratoria mereció en la República, al servicio del debate político. Hay que subrayar que, tras esa apelación a la vida cívica responsable como argumento para una formación integral en la retórica inmersa en valores, se menciona la política más universal, la que incumbe a todas y cada una de las ciudades del Imperio, pero se trata en exclusiva de la política municipal, no de la que rige el Imperio. Los valores cívicos a los que apela Quintiliano son limitados, de corto alcance. No menciona en su obra la oratoria de masas, para las asambleas populares, para las «contiones» informativas o para los comicios electorales donde se sustanciaron en otra época los mecanismos más democráticos de la «libertas» republicana (Morstein-Marx 2004:62ss). Su oratoria se vincula con el foro, pero se trata del foro como sede judicial, como tribunal, no como escenario de la política romana.

Su obra pretende formar al ciudadano responsable y resolutivo, capaz de adaptarse al contexto donde deba intervenir:

También el tiempo y el lugar necesitan una consideración propia; porque el tiempo es unas veces triste, otras alegre, otras ilimitado, otras escaso, y a estas circunstancias debe atenerse el orador; también importa muchísimo si hablas en un lugar público o privado, en un círculo numeroso o restringido, en ciudad extraña o en la tuya, por último en campamento militar o en el Foro, y cada ámbito pide su estilo y una cierta norma propia de elocuencia; especialmente cuando también en las demás actividades de la vida no conviene una misma conducta en el Foro, en la Curia, en el Campo Marcio, en el teatro, en casa; y una mayoría de cosas, que por naturaleza no merecen censura y hasta son a veces necesarias, se tienen por indecorosas en un lugar donde la costumbre no las permite (11, 1, 46-47).

Distingue los lugares para la retórica, de los lugares donde se desarrollan las demás actividades de la vida y, curiosamente, la curia senatorial pertenece a este segundo ámbito, donde no se habla, sino que se vive, conforme a convencionalismos codificados. La retórica de Quintiliano, por tanto, encierra una formación para la vida cívica, pero se trata de una retórica acomodaticia, no crítica, sino adaptable y mudable según contextos. Es

cierto que el Foro se presenta como el lugar ambivalente, tanto para hablar como para vivir, y que aparece de manera recurrente en su obra, pero, como ya se ha apuntado, no se refiere al foro de la política sino solo al foro de los tribunales, el de Roma y el de las ciudades imperiales, el contexto donde el orador desempeña de manera habitual su tarea vinculada a la abogacía y los procesos judiciales (2, 10, 8; 5, 12, 22), superando un proceso formativo basado en la experiencia: «Por lo demás, el orador, que siendo joven y todavía en el esplendor de sus tiernas fuerzas, hemos conducido al Foro, quisiera yo que comience por un caso lo más fácil posible y favorable» (12, 6, 6). El foro ya no era el lugar de las asambleas. En todo caso, lo sería para otras asambleas: «en aquellos discursos públicos, que de alguna manera responden sin duda a la realidad, pero que están dispuestos para deleite del pueblo, como son los que encontramos en las asambleas festivas [...] está permitido emplear mayor ornato» (2, 11, 11). Obviamente se está refiriendo a los panegíricos, discursos investidos de una solemnidad oficial no apta para licencias críticas, pronunciados en asambleas convocadas para conmemorar, no para debatir.

Sin duda resulta anacrónico juzgar una obra sobre la base de principios que ya no están en vigor: no se puede valorar la retórica de Quintiliano desde los postulados de la oratoria nacida no sólo para las causas judiciales sino, también, de manera especial, para vehicular la política republicana. Sin embargo, cabe recordar que Quintiliano pretende recoger la tradición catoniana y ciceroniana –por tanto, republicanas– del «vir bonus docendi peritus», así que resulta insoslayable no concluir que su programa educativo, imbuido de una supuesta moral tradicional, adolece de severas limitaciones en el ejercicio de la oratoria, nacidas de un contexto sociopolítico, el imperial, muy diferente de aquel otro en el que Catón o Cicerón enunciaron sus principios. Quintiliano lo silencia, pero no puede ignorarlo quien dice haber dedicado la mayor parte de los dos años de elaboración de su obra «a la obligada lectura de autores, que son incontables» (*Ad Tryph.*1), comenzando por la producción filosófica ateniense.

En ese sentido, la *Institutio oratoria* debe valorarse por tanto como la obra pragmática, sólida y sistemática de un orador brillante y reconocido popular y oficialmente, y que se adecuaba a la evolución de un género, para un determinado momento histórico, en el que el valor que falta, la «libertas» republicana, viene a ser reemplazado por otro, la «institutio». La didáctica sustituye a la independencia de criterio.

UN MANUAL EDUCATIVO

Sin duda esa es la otra vertiente fundamental de la retórica quintiliana, la escolar. No se trata sólo de que la obra hubiera de servir, como le indicaba a Marcelo en la dedicatoria, «para la educación de tu hijo Geta» (1, pr, 6), sino que además, de manera recurrente,

distingue en su exposición lo que vale para educar y lo que vale para orar ante los tribunales: «Y por esta razón procuraremos ver primeramente si debemos desempeñar el papel de pleiteante o de abogado, cuantas veces nos sea posible elegir entre ambos; porque en los ejercicios escolares de retórica tenemos libertad, pero en el Foro es cosa rara que sea cualquiera indistintamente defensor idóneo de su misma causa» (4, 1, 46). Contrapone las declamaciones prácticas «in schola», frente a las intervenciones «in foro», y ambas son objeto de atención en su obra. La retórica de Quintiliano es filosófica porque quiere asegurar una formación ética, pero sobre todo es didáctica, concebida como una formación personal en la que pretendía modelar un individuo capaz de desenvolverse adecuadamente en todas las circunstancias, en los escenarios públicos, de comparecencia profesional u oficial, y en su propia vida privada, tanto en el ámbito doméstico, como en los momentos de ocio. La filosofía, entendida como valores, y la retórica, entendida como el arte de hablar, forman al «vir bonus docendi peritus».

En realidad, Quintiliano se propone la educación integral del individuo, del «varón con verdadero sentido de ciudadano y llamado a la administración de tareas públicas y privadas» (1, pr. 10). Significativamente no menciona el «cives romanus», sino un «vir ille vere civilis». Resulta ineludible no interpretar que a sus lectores el matiz entre el ejercicio de una ciudadanía plena y el desempeño de derechos civiles, limitados por el poder imperial, no les habría pasado inadvertido. Ese rodeo verbal responde a un eufemismo. Podría parecer accidental si no lo repitiera: «El orador que yo formo, quiero que sea un sabio romano, que muestre ser verdaderamente un hombre de auténtico sentir ciudadano» (12, 2, 7). Se trata en efecto de un «Romanus sapiens» (Fernández López 2010:321), pero no es un «cives romanus» sino un «vere civilem virum». No deja de ser significativo que sobre esto mismo versara su oposición contra los filósofos que perdían su tiempo en discusiones ociosas, cuando él, en cambio, propugnaba un «vir civilis vereque sapiens», un hombre consciente de sus responsabilidades civiles y verdaderamente sabio¹⁵. La intelectualidad crítica con el sistema merecía el rechazo de Quintiliano, superando la inoperancia estéril de la censura política, a través de una ética alternativa más pragmática, orientada a la acción constructiva en la vida civil. Y, curiosamente, esto mismo, la formación integral del individuo, ha sido reconocida como la aportación de Quintiliano a una nueva concepción del humanismo que eclosionará en época de los Antoninos por obra de intelectuales formados con los flavios, entre otros, de Plinio el Joven. discípulo del propio Quintiliano, y que desarrollará la idea de progreso (Salles 2002:336). Obviamente, en este aspecto late un debate que aún no se ha formulado explícitamente, el de la intelectualidad orgánica de Quintiliano, el de una educación oficial programada,

¹⁵ Quint. 11, 1, 35. Ver nota 14.

políticamente orientada, que no alentaba el espíritu crítico (Lomas 1990.75), sino el de servicio civil constructivo.

Su obra se estructura, en coherencia con esa perspectiva de la educación integral, en tres partes: en la primera se centra en el proceso educativo, a lo que dedica dos libros; la segunda se centra en la metodología oratoria específicamente, a la que dedica nueve libros, y finaliza con un libro dedicado a la formación moral del orador. El propio autor lo expone al inicio de su obra de esta manera:

El libro primero, en efecto, contendrá lo que antecede a la tarea del maestro de retórica. En el segundo trataremos de los elementos primeros enseñados en la escuela del retórico y de lo que atañe a la esencia misma de la Retórica. Cinco, a continuación, se dedicarán a la «invención» (pues a esta se une también la «disposición»), cuatro a la «elocución», en cuya parte entran la «memoria» y la «pronunciación». A estos se agrega uno más, en el que hemos de tratar sobre la formación del orador en sí mismo (1, pr. 22).

Obviamente, Quintiliano se propone elaborar un manual, un método de retórica que se postula como enseñanza integral. En el libro primero se centra en el trabajo con niños por parte del maestro de gramática. En el segundo, comienza reivindicando la necesidad de que el profesor de retórica recupere parte del terreno que ha cedido al maestro de gramática, y en cierto modo concluye: «Y para no entablar mayor discusión sobre cuando ha de ser confiado el maestro de Retórica, creo que el momento puede muy bien determinarse así: “tan pronto como pueda” [...] Pues si la tarea de la Gramática se extiende hasta las “suasorias”, el maestro de Retórica se necesita más tarde» (2, 1, 7-8). Por tanto, no es cuestión de edad sino de adiestrar el niño en la argumentación, en la persuasión, como base para progresar posteriormente en manos del profesor de retórica.

El tratado posee, evidentemente, un perfil técnico muy concreto y desarrolla, sobre todo en sus nueve libros centrales, la metodología tradicional de la retórica griega y romana cuyas raíces se hunden hasta tiempos de Aristóteles (Fernández López 2010:309): «Toda la doctrina de la oratoria, como han transmitido los autores especialistas, en su mayoría y los más importantes, consta de cinco partes: «invención», «disposición», «elocución», «memoria» y «pronunciación» o «acción», pues se emplean ambas denominaciones» (3, 3, 1). En ello está de acuerdo sobre todo con Cicerón, al que confiere un innegable magisterio: «Puedo decir esto con tanta osadía, porque Cicerón en su obra *Particiones oratorias*, llegó en conclusión a las mismas cinco partes» (3, 3, 7).

ENTRE CICERÓN Y SÉNECA

La *Institutio oratoria* de Quintiliano presenta una «ambición enciclopédica» (Lee Too 2016:316). Aporta un amplio bagaje de citas y ejemplos con los que va ilustrando las diferentes partes en las que disecciona los recursos, métodos y estrategias del orador, no solo orales, también gestuales y de comunicación no verbal. La dimensión de su obra es vasta e inabordable en este estudio y, de hecho, ha merecido la atención en congresos recientes con aportaciones de decenas de especialistas (Albadalejo «et alii» 1998; Tellegen-Couperus 2003).

Cabe, sin embargo, un último aspecto relevante a retomar: su relación con la tradición retórica, con Cicerón, al que reconoce como autoridad en la materia y, sobre todo, con Séneca, que le antecedió, dejando una amplísima producción literaria. Con él establece cierta confrontación de estilo.

En lo que respecta a Cicerón, se puede llegar a concluir que propugnaría un retorno al clasicismo (Salles 2002:326), y que contribuiría a la «canonización» del estilo ciceroniano (Kennedy 1972:506), pero se tiende a matizar que esa admiración no fue incondicional, sino crítica (Leeman 1963:296ss; Fernández López 2010:317): Quintiliano, por ejemplo, cita a Cicerón en aspectos técnicos de retórica más que a ningún otro autor, pero no deja de refutarlo en muchos aspectos, de modo que se está lejos de poder hablar de un «revival» ciceroniano (Kennedy 2017:59). De hecho, se valora el criticismo de Quintiliano, el revisionismo de la tratadística anterior, como uno de los aspectos reseñables de su obra. En cierto modo, ese espíritu podría emanar del propio Cicerón, quien tampoco escapa a la revisión censora de Quintiliano, por momentos puntillosa en exceso (Kerr 2002:296).

En el marco de ese espíritu crítico que caracteriza al escritor, la parte más acerba podría haberla merecido Séneca. Al hablar de la obra perdida de Quintiliano, el *De causis corruptae eloquentiae*, ya indicábamos que el título anunciaba en cierto modo el sesgo de la obra, contrario a un nuevo estilo retórico. En la *Institutio oratoria*, el escritor aguarda hasta el libro décimo para entrar en esta cuestión en relación con Séneca y la introduce así:

Con toda intención he dejado hasta este momento lo que significa Séneca en todo género del arte de hablar, a causa de la opinión, sobre mí falsamente propalada, por la que yo lo condenaría y hasta sería tenido como aborrecedor suyo. Me ocurre esto en este momento en que yo lucho por devolver a criterios más estrictos el estilo de hablar, corrompido y quebrantado por toda clase de vicios; y entonces casi él solo estuvo en manos de los jóvenes. Ciertamente no estaba yo de ninguna manera empeñado en hacerlo caer de ellas, mas no podía permitir que fuese preferido a los mejores, que él no había cesado de criticar, ya que, consciente de su propia clase de

estilo, desconfiaba de poder agradar con su lenguaje en los temas en que aquellos autores agradaban. Y los partidarios suyos lo amaban más que lo imitaban, y se le iban retirando tanto como él se había alejado de los antiguos (10, 1, 125-126).

Las maneras del retórico se perciben sin duda en este pasaje, donde Quintiliano comienza negando una condena al estilo de Séneca, cuando a continuación procede a realizar una severa crítica: el propio Séneca era crítico, conocedor de sus limitaciones y de inconsistente predicamento, y a continuación añade que «agradaba solamente por sus vicios». No dejará sin embargo de apreciar su vasta producción y «su ingenio ágil e inagotable», pero retorna a la crítica: «afectados giros, [...] asperezas de estilo, [...] temas tratados en menudísimas frases» (10, 1, 127-131). Quintiliano había emprendido un rearme de la retórica corrupta. De nuevo aflora el halo de regeneración.

UN GENEROSO LEGADO, NO PERECEDERO

La conclusión global a la panorámica sobre la vida y la obra de Quintiliano, pasa por reconocer coherencia y compromiso. Su obra es consecuente con su vida. Progresó al amparo de la casa imperial. Mereció la primera cátedra de latín y la desempeñó educando conforme a los valores oficiales que el emperador mismo le había aprobado. Luego puso por escrito su método y su pensamiento, un bagaje enciclopédico pero aplicado a la práctica oratoria, al arte de elaborar y pronunciar discursos. Su talón de Aquiles podría radicar precisamente en su éxito social y en las concesiones oficialistas que hubo de hacer, y que realizó con convencimiento, disonantes con cierta intelectualidad de la época, con los filósofos críticos hacia el régimen imperial, con la mordacidad del también hispano Marcial, y con la sátira posterior de Juvenal. Tradicionalista y regenerador, Quintiliano resultó influyente y renovador.

Lo prolífico de su obra se evidencia en el hecho de que sigue dando frutos hasta el momento actual, en forma de congresos, tesis doctorales y estudios. Sería por tanto innecesario insistir en la actualidad de Quintiliano (Albadalejo 2009:148ss.), pues nutre áreas de investigación y académicas concomitantes que, en su obra, se entremezclan dentro de ese afán enciclopédico: la retórica, pero también la filosofía, el derecho, la historia y, de una manera muy especial, la educación, se siguen interesando por Quintiliano, que deviene una prolija fuente de información para las Humanidades. Resulta innecesario encontrar argumentos oportunos para defender vigencias o permanencias en su obra transcurridos casi veinte siglos. Los argumentos al respecto no latén en el presente, dimanán desde el pasado con la fuerza que poseen las obras seminales. Quintiliano sigue un enfoque panorámico, enraizado en una metodología científica e investigadora: parte de la lectura de la producción retórica, filosófica y literaria grecolatinas, y las citas constantes,

otorgan a la *Institutio oratoria* una solvencia científica que podría salir airosa de las exigencias metodológicas académicas que están hoy en vigor. El resultado es un manual de oratoria que sobrevivió en la despiadada memoria de los siglos. Su solvencia académica, su rigor metodológico y su riqueza de contenidos merecieron un reconocimiento secular.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albadalejo Mayordomo, T., «et alii», 1998. *Quintiliano: historia y actualidad de la retórica. Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid y Calahorra. 14 a 18 de noviembre de 1995*, 3 vols., Gobierno de la Rioja e Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
- Albadalejo Mayordomo, T., 2009. «La *Institutio oratoria* de Quintiliano: una retórica para el siglo XXI», en Arcos Pereira, T., «et alii», 2009. *Pectora...*, pp. 129-150.
- Arcos Pereira, T., «et alii», 2009. *Pectora mulcet. Estudios de retórica y oratoria latinas*, 2 vols. Instituto de Estudios Riojanos.
- Alföldy, G., 1987. *Historia social de Roma*, Alianza Universidad, Madrid.
- Andrés Hurtado, G., 2003. «Municipium Calagurris Iulia Nassica», *Kalalorikos* 7, pp. 51-78.
- Augoustakis, A., 2016. «Literary Culture», en Zissos, A., *A Companion to...*, pp. 376-392.
- Bloomer, W. M., 2010. «Roman Declamation: The Elder Seneca and Quintilian», en Dominik, W. y Hall, J., *A Companion to...*, pp. 297-306.
- Bonner, S. F., 2012. *Education in Ancient Rome. From the Elder Cato to the Younger Pliny*, Routledge, Nueva York (1977).
- Bornecque, H., 1967. *Les déclamations et les déclamateurs d'après Sénèque le Père*, Georg Olms, Hildesheim.
- Casamento, A., «et alii», (eds.), 2016. *Le declamazioni minori dello Pseudo-Quintiliano*, De Gruyter, Berlín.
- Clarke, M. L., 1967. «Quintilian. A biographical Sketch», *Greece & Rome* 14-1, pp. 24-37.
- Cousin, J., 1931. «Problèmes biographiques et littéraires relatifs à Quintilien», *Revue d'Études Latines* 9, 1931, pp. 62-76.
- , 1936. *Études sur Quintilien. Vol. 1: Contribution à l'étude des sources de l'Institution Oratoire*, Boivin, París.

- , 1975. «Introduction» à Quintilien: *Institution Oratoire*, Les Belles Lettres, París.
- Dominik, W. y Hall, J., 2010. *A Companion to Roman Rhetoric*, Wiley-Blackwell, West Sussex.
- Espinosa, U., 1984. *Calagurris Iulia*, Ayuntamiento de Calahorra, Calahorra.
- Fernández López, J., 1996. *Quintiliano y la retórica*, Amigos de la Historia de Calahorra, Calahorra.
- , 2010. «Quintilien as Rhetorician and Teacher», en Dominik, W. y Hall, J., *A Companion to...*, pp. 307-322.
- Fernández Uriel, P., 2017. *Titus Flavius Domitianus. De Princeps a Dominus: un hito en la transformación del Principado*, Sígnifer, Madrid-Salamanca.
- Galimberti, A., 2016. «The Emperor Domitian», en Zissos, A., *A Companion to...*, pp. 92-108.
- García Castillo, P., 1998. «Influencias filosóficas en la definición del “vir bonus” de Quintiliano», en Albadalejo Mayordomo, T. «et alii», *Quintiliano...* pp. 891-898.
- Jones, B. W., 1992. *The Emperor Domitian*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Kennedy, G. A., 1972. *The Art of Rhetoric in the Roman World, 300 B. C.-A. D. 300*, Princeton University Press, Princeton
- , 2017. *Quintilian. A Roman Educator and his Quest for the Perfect Orator*, Sophron Ed., Varsovia.
- Kerr, R. A., 2002. *Quintiliano on Criticism*, PhD Thesis, Universidad de Glasgow.
- Leeman, A. D., 1963. *Orationis ratio: the Stilistic Theories and Practice of the Roman Orators, Historians and Philosophers*, 2 vols., Hakkert, Amsterdam.
- Lee Too, Y., 2016. «Education in the Flavian Age», en Zissos, A., *A Companion to...*, pp. 313-326.
- Levick, B., 1999. *Vespasian*, Routledge, Londres y Nueva York.
- , 2017. *Vespasian*, 2ª Ed., Routledge, Londres y Nueva York.
- Lomas Salmonte, F. J., 1990. *Los Flavios*, Ed. Akal, Madrid.
- Marrou, H. I., 1985. *Historia de la educación en la Antigüedad*, Akal, Madrid (1971).
- McDermott, W. C. y Orentzel, E., 1979. «Quintilian and Domitian», *Athenaeum* 57, pp. 9-26.

- Morstein-Marx, R., 2004. *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Pailler, J. M., y Sablayrolles, R., 1994. «“Damnatio memoriae”. une vraie perpétuité?», *Pallas* 40, pp. 11-56.
- Roche, P., 2016. «Latin Prose Literature: Author and Authority in the Prefaces of Pliny and Quintilian», en Zissos, A., *A Companion to...*, pp. 434-449.
- Rutledge, S. H., «Oratory and Politics in the Empire», en Dominik, W., y Hall, J., *A Companion to...*, pp. 109-121.
- Salles, C., 2002. *La Rome des Flaviens*, Ed. Perrin, París.
- Smail, W. M., 1938. *Quintilian on education*, Oxford.
- Soriano Sancha, G., 2006. «Marco Fabio Quintiliano: la educación del ciudadano romano», *Iberia* 9, pp. 107-124.
- Steel, C., 2010. «Lost Orators of Rome», en Dominik, W. y Hall, J., *A Companion to...*, pp. 237-249.
- Stramaglia, A., 2008. «Pseudo-Quintilianus, “Declamationes maiores”», *Invigilata Lucernis* 30, pp. 195-234.
- Tellegen-Couperus, O., 2003. *Quintilian and the Law. The Art of Persuasion in Law and Politics*, Leuven University Press, Leuven.
- Vervaet, F. J., 2016. «The Remarkable Rise of Flavians», en Zissos, A., *A Companion to...*, pp. 43-59.
- Winterbottom, M., 1970. *Problems in Quintilian*, Institute of Classical Studies, Suppl. n° 25, Universidad de Londres, Londres.
- , 1984. *The Minor Declamations ascribed to Quintilien*, De Gruyter, Berlín.
- Zissos, A., 2016. *A Companion to the Flavian Age of Imperial Rome*, Wiley-Blackwell, West Sussex.

EDICIONES

- M. Fabii Quintiliani, *De institutione oratoria*, libri XII. Vols. I-IV por G. L. Spalding, Leipzig 1798-1816; vol. V por C. T. Zumpt, Leipzig 1829; vol. VI, *Lexicon Quintilianeum*, por E. Bonnel, Leipzig 1834.

- M. Fabius Quintilianus, *De institutionis oratoria*, liber X, comentado por E. Bonnell, Berlín 1851, 6ª ed., H. Röhl, Berlín 1912.
- Quintiliani, *De Institutione oratoria*, liber primus, M. E. Fierville, París, Didot 1890.
- M. Fabii Quintiliani, *De institutionis oratoriae*, liber X, a revised text with introductory essays, critical and explanatory notes by W. Peterson Oxford 1891, reimpr. Hildesheim 1967.
- *The institutio oratoria of Quintilian*, (latín-inglés), por H. E. Butler, Londres 1921-1922, reimpr. (4 vols.) Loeb Classical Library, Londres y Cambridge 1959-1963.
- M. Fabius Quintilianus, *Institutionis oratoriae*, liber I, ed. by F. H. Colson, Cambridge 1924, reimpr. Hildesheim 1973.
- M. Fabius Quintilianus, *Institutionis oratoriae*, liber XII, ed. by R. G. Austin, Oxford 1948, 2ª ed. 1954.
- M. Fabius Quintilianus, *Institutionis oratoriae*, libri XII, ed. Ludwig Radermacher, Stuttgart 1959, 3ª ed. Leipzig 1965.
- M. Fabius Quintilianus, *Institutionis oratoriae*, liber III, comentado por J. Adamietz, Munich 1966.
- *L'Istituzione oratoria di M. Fabio Quintiliano*, (latín-italiano) por R. Faranda (2 vols.) Turín 1968, col. Classici Latini.
- M. Fabius Quintilianus, *Institutionis oratoriae*, libri XII, ed. por M. Winterbottom, Oxford 1970, col. Oxford Classical Texts.
- M. Fabius Quintilianus, *Ausbildung des Redners*, (latín-alemán), por Helmut Rahn, (2 vols.), Darmstadt 1972-1975.
- Quintilian, *Institution oratoire*, por J. Cousin (7 vols.), París, 1975-1980, Col. Budé, Les Belles Lettres.
- Quintilian, *The Orator's Education*, (latín-inglés), ed. por D. A. Russell (5 vols.), Harvard University Press 2001, Loeb Classical Library.
- Quintiliano de Calahorra, *Obra completa*, (latín-español) por A. Ortega (5 vols.), Salamanca 1997-2001, public. Universidad Pontificia de Salamanca.

ENLACES

- Ficha biobibliográfica de [Marco Fabio Quintiliano](#) en la [Biblioteca Virtual de Polígrafos](#) de la [Fundación Ignacio Larramendi](#).